

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

LUIS BERTRAND. «Historia de España». Traducción del francés, por Luis Santamarina. Barcelona.

Gran resonancia ha tenido en el mundo culto la «Histoire d'Espagne» de Bertrand, publicada en la colección «Les grandes études historiques» de A. Fayard. Hasta 1932

habían salido veintiséis ediciones: prueba inequívoca del interés que el libro había despertado entre el público estudioso. A ello contribuía no poco la autoridad del ilustre académico francés, autor del libro. Juzgamos, por tanto, un acierto del editor Gili el haber procedido a la traducción castellana, con lo cual este libro podrá alcanzar una mayor difusión.

La «Historia» de Bertrand ha querido ser otra cosa distinta de los relatos usuales; nada de guerras intestinas, de rivalidades de los reyes, de instituciones locales, asuntos éstos que sólo tienen valor para los españoles; sino el reflejo de lo que España ha podido influir en el mundo, del papel que haya tenido en la Cristiandad de otro tiempo, de la parte que haya tomado en el desarrollo de la civilización occidental. Vista así la Historia de España, Bertrand la estudia en cuatro grandes períodos: «el primero, su lucha contra el Islam, que absorbe ocho siglos de su existencia, y es el hecho capital; segundo, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo; tercero, advenimiento de la Monarquía absoluta y la lucha contra la Reforma, y cuarto, su pugna por continuar siendo una gran potencia europea».

Más de la mitad del libro está dedicado a la historia de la España musulmana: la conquista árabe-berebere, el establecimiento de los musulmanes en la Península, el emirato dependiente de Damasco, el emirato Omeya, el califato, con un resumen de «lo que fué la civilización hispano-árabe». Después, la reacción del espíritu nacional cristiano, los movimientos nacionalistas de Toledo y Córdoba, los mozárabes, el ataque de Omar ben Hafún y la gran humillación de la Cristiandad. Y más adelante, la reacción almorávide contra los reyes de taifas, los avances de los cristianos, el Cid Campeador, las invasiones afrí-

canas de los almohades y el término de la Reconquista, con la capitulación de Granada.

La segunda mitad de esta «Historia» está dedicada al descubrimiento de América, considerado aquí, como una última cruzada, estudiándose lo que fué la conquista, la psicología del conquistador, la actuación de virreyes y misioneros, el carácter y valor de la obra española en América, y el balance mundial del descubrimiento; y la hegemonía española y el advenimiento de la Monarquía absoluta, con la significación de los reyes Carlos V y Felipe II en la política europea y religiosa. Aquí termina en realidad la historia; porque las páginas dedicadas al siglo XVII y siguientes son escasas y como por vía de apéndice, así como también se habla de los tiempos modernos, hasta el momento de proclamarse la actual República, en brevísima síntesis.

Es lástima que Bertrand, que empieza lamentándose de los prejuicios con que en Francia se ha estudiado siempre la historia de España, no se libre a sí propio de otro prejuicio: la enemiga contra los musulmanes y la debilidad de inclinarse, casi inconscientemente, a creer malo todo lo que lleve algún sello árabe. Ya distingue, es cierto, como los arabistas modernos hacen, entre árabe y español arabizado, y ve la importancia que para el conocimiento de la «vida medieval» española tiene la afirmación de que la cultura árabe española creció y se desarrolló en lengua árabe, pero por gentes de raza española, de una base tradicional científica. Pero la conclusión de todo su relato y de todos sus juicios es desfavorable al elemento árabe, al cual culpa, no sólo de los estigmas sociales que él ve en los españoles actuales (indisciplina, individualismo, crueldad, versatilidad, etc.), sino hasta de los fenómenos geológicos de nuestro suelo. Véase este parrafito, con que cierra su capítulo «Balance de la conquista árabe»: «Lo más lamentable, empero, es el estado perpetuo de división y anarquía en que los árabes mantuvieron a España durante siglos; por sus discordias, sus guerras de raza y de tribus, sus estragos sistemáticos y continuos, sus matanzas y sus expulsiones, la han esterilizado y despoblado. La han convertido en

un desierto como el Africa del Norte. Aun hoy, árida en gran parte e insuficientemente poblada, lleva en el aspecto de su suelo y en el carácter de sus habitantes los estigmas de la conquista extranjera. Cuando se camina por las tristes soledades de la Mancha o de Extremadura, se comprende que el berberisco de Africa pasó por allí. Y así, lo menos que se puede decir es que la dominación fué una gran desdicha para España. (No se fija el ilustre académico que también los berberiscos pasaron por Andalucía y por Valencia, y, sin embargo, siguen siendo fertilísimos).

Pero este defecto está compensado por la visión exacta de lo que fué la conquista española en las Indias, de lo que significa la monarquía absoluta de los Austrias y, sobre todo, por la clara y recta intención puesta en colocar a España en la primera línea de los defensores de la fe católica.

La traducción está hecha con esmero y pulcritud, como obra del castizo escritor Santamarina. Alguna vez notas oportunas del traductor aclaran el concepto vertido por el autor. No es oportuno, a nuestro juicio, la supresión de la bibliografía que la edición original trae: serviría para conocer las fuentes en que el autor se inspiró, y ése no es pequeño problema.

BARROS ARANA Y EL METODO ANALITICO EN HISTORIA, por Guillermo Feliú Cruz. Nacimiento.

Los historiadores de la generación a que pertenece Feliú Cruz empiezan a cumplir ese deber piadoso que tienen los hijos en el reino de la inteligencia y que no solamente

ordena dar a los padres honrosa sepultura, sino también ayudarlos a bien morir y, a veces, si es necesario, matarlos un poco.

Quienes admiren todavía incondicionalmente a Barros Arana considerarán este folleto como una tentativa de asesinato.

Por nuestra parte lo hallamos justo y lleno de observaciones importantes, aunque algo exagerado.

Feliú Cruz parte a buen paso de andadura y desde el punto preciso; pero por el camino la carrera lo entusiasma y llega más allá de la meta.

Después de hundir el puñal en el corazón del padre, quiere arremeter contra el abuelo.

Y la personalidad y la obra de don Andrés Bello ofrecen más resistencia que la de don Diego Barros, su discípulo.

Precisamente, en esa resistencia dura, que eleva hasta la tiranía intelectual, fundamenta sus ataques Feliú Cruz. Le atribuye proposiciones inaceptables. No se puede negar que, por espacio de muchos años, el eminente maestro dominó en las altas esferas con un poder solitario, sin contrapeso. Parece que no había nadie más que él en Chile. Al abrirse las Cámaras de 1839, el mensaje que el Presidente de la República leyó al Congreso lo había escrito don Andrés; y el discurso con que el Presidente del Senado respondió a Su Excelencia también era obra de don Andrés. Su prestigio llegaba a la veneración fanática. Una discusión parlamentaria había terminado

e iba a votarse la moción. Don Andrés Bello penetra en la sala. Contra la costumbre, contra el reglamento, los senadores reabren el debate para oírlo y sólo después de conocida su opinión, favorable al proyecto, se atreven a aprobarlo. Don Andrés Bello enseñó, legisló, civilizó.

Sin embargo, no suscribiríamos entera esta página, en cierto sentido excelente, de Guillermo Feliú Cruz:

«La enseñanza de Bello hizo escuela en Chile y en América. Perduró su tradición en todas las formas que abarcó su magisterio. Los juristas buscaron la fuente del derecho en el derecho tradicional romano, tal como él lo había proclamado. Los filósofos preocupáronse más de las aplicaciones de la filosofía, como él lo deseaba. Los filólogos no se contentaron con hacer críticas de los sistemas, sino que atendieron a la gramática. Los escritores abandonaron las novedades del momento y las temerarias sugerencias de espíritus exaltados, para dedicarse a fijar la lengua en su correcta majestad y en su proporcionada sintaxis. Los poetas excluyeron las exaltaciones febriles de la imaginación para convertir la poesía, como la suya, en una expresión reflexiva, docta, profunda... Los historiadores no hicieron de la historia obra de arte, porque Bello no quiso que se hiciera ni permitió tampoco que se filosofase en su nombre... Después veremos el mal que con ello nos hizo.»

Aquí tenemos el flagrante delito de exageración.

¿De manera que, sin las enseñanzas de don Andrés Bello, habríamos contado con poetas de verdadera fantasía y con historiadores filósofos y artistas? Basta enunciar la consecuencia para que resalte su absurdo. Así como todos los esfuerzos de la educación no conseguirán dar a los escritores estériles los dones que la naturaleza les ha negado, creemos difícil que, por muy errado y muy despótico que sea un sistema pedagógico, logre ahogar tan completamente como sucedió en Chile todo rastro de inspiración espontánea y de sensibilidad para la belleza de la forma. Y hagamos cuenta que, en la misma generación, hubo los dos extremos: el de la sequedad de Barros Arana, inmenso y parejo Sahara por donde «van las caravanas, lentas, señolientas», y el tropicalismo endemoniado, mucho peor, porque irrita todos los nervios, de don Benjamín Vicuña Mackenna. ¿También deberá culparse a Bello de que éste no supiera limitarse ni ordenarse?

Pero no caigamos en el mismo pecado de Feliú y continuemos leyéndolo.

En el fondo, es razonable. Traza entre Bello y Barros un paralelo muy acertado en que los dos grandes hombres aparecen con sus tamaños respectivos y termina por reconocer que aunque no hubiera seguido la doctrina del primero, habría llegado el segundo a fundar en la historiografía chilena el método que a aquél le debe «porque se conformaba admirablemente con su psicología personal, con su manera de ser intelectual». Esta es la verdad y nos acercamos al punto de equilibrio. Bastaría extender la proposición al resto de los escritores y afirmar que las en-

señanzas de Bello, mejor dicho, lo que en ellas había de rigidez mental, de exceso de disciplina, calzaban maravillosamente con el temperamento de sus discípulos y por eso dieron tantos frutos. No necesitaban que se les prohibieran las síntesis filosóficas superiores ni la bellas imágenes poéticas. Barros Arana aborrecía la especulación abstracta y su cerebro, como ha dicho alguien, «tenía intolerancia para las ideas puras». Jamás, ni durante un minuto, pensó por sí mismo. Todo su cerebro se componía de letras de molde. Lo que no estaba escrito por otros y debidamente impreso en libros le inspiraba una profunda desconfianza, una especie de honor instintivo. Ya sabíamos esto. Feliú Cruz aporta al hecho preciosas confirmaciones.

Observa que en las notas de la Historia General y en los capítulos-resúmenes, suele ensayar el maestro algunas vistas de conjunto con un asomo de pensamiento filosófico; pero que, como asustado de su audacia, luego nos advierte que tales ideas pertenecen a tal pensador extranjero y tales otras a tal otro. «Nunca es Barros Arana el que piensa: siempre es un grande autor que cita. La pertinencia de su anticlericalismo, ... tampoco es original. Todo es reflejo en este hombre»... Hechos y más hechos, y después, hechos todavía. Feliú Cruz tuvo que recibir y catalogar la riquísima biblioteca que su afición y su fortuna personal permitieron reunir a don Diego Barros durante su larga existencia. Deja constancia de que, entre los innumerables volúmenes de toda clases de ciencias, faltan las de filosofía. «salvo aquellas de filosofía aplicada» que es cosa distinta. La filosofía, la metafísica, como la religión, implican dones de fantasía creadora y de-sensibilidad poética, exigen cierta intuición supra-intelectual que Barros Arana desconocía por naturaleza y negaba sistemáticamente.

Estaba y estuvo hasta el fin en el primer piso de la investigación, allí donde se coleccionan y clasifican los insectos.

No hay que reprocharle.

Como sabio preparador desempeñó un papel utilísimo que no debemos cansarnos de agradecerle. Allí era muy sagaz. «Nada hay comparable a la penetración crítica de Barros Arana—dice Feliú Cruz. Acostumbrado al cotejo de los documentos, a extraer de ellos el *summum* de los hechos, reconstituye los hechos históricos a fuerza de inducciones y deducciones, y rara vez se equivoca. Los que hemos pasado la vida entera entregados al estudio de la historia de América y especialmente de Chile, trabajando en la cantera de la documentación o en la veta inmensa de la bibliografía, sabemos por experiencia propia que en los dieciséis apretadísimos volúmenes de la «Historia General», el cuadro, la visión de nuestro pasado, está intacto, sin que nada ni nadie haya logrado alterarlo. Hemos agregado un nombre, corregido una fecha. Nada más. Podemos estar en desacuerdo con las apreciaciones del historiador, sobre todo cuando éstas se refieren a sucesos políticos; pero el fondo, ése queda siempre tal como lo pintó Barros Arana». Esto se llama hacer justicia cumplida a la obra. Más adelante se la hace al autor y le rinde homenaje. «Vió

derrumbarse—dice, aludiendo a su longevidad—a todos los políticos que le combatieron, y él quedó; como sobrenadando en el naufragio de esas existencias, admirado, respetado, considerado por las generaciones que le sucedieron como una figura nacional por excelencia. Merecía esas distinciones el hombre que había hecho de la cátedra el más puro de los apostolados, cuya vida intelectual puede mostrarse como un alto ejemplo de probidad moral. Se le sabía desinteresado y patriota. Se le reconocía como individuo de purísimas convicciones». Todo esto es la verdad.

Finalmente, Feliú Cruz esboza algunas consideraciones de grande alcance y que sería largo desarrollar sobre las consecuencias sociales y políticas de la enseñanza. «a-filosófica» fundada por Bello; seguida por Barros Arana. ¿Hasta qué punto ha intensificado nuestra natural pereza de inteligencia, nuestra inclinación a tomarlo todo por el lado práctico, utilitario, sancho-pancecos? ¿Qué parte de culpa puede atribuírsele en el desorden ideológico del momento presente, en la falta de una «élite» intelectual directora del país y en la anarquía mental del profesorado? Temas son todos éstos que darían materia para una monografía interesantísima; y el haber apuntado solamente a tales cuestiones revela en el autor del folleto un espíritu que se aparta valerosamente de la rutina erudita y profesional.—Alone.

J. WOLF. «Historia de la música». Traducción del alemán por Roberto Gerhardt, con un estudio crítico de la historia de la música española, por Mn. Higinio Anglés. Barcelona.

A la Editorial Labor, de Barcelona, se deben las más notables publicaciones sobre historia general del arte, que, juntamente con otras como las de Salvat y Espasa-Calpe, han dotado a nuestro país de magníficas ediciones sobre ese aspecto de la Historia, no siempre debidas a plumas extranjeras. Mas por lo que a la música se refiere, la editorial Labor es la única que presta creciente atención a su historia, y es digno de señalarse el hecho de que en sus colecciones figuren autores españoles en sendos volúmenes de mérito positivo. A los que contiene la colección titulada de «Iniciación cultural», más conocida como Manuales Labor, se añade una nueva serie de gran valor e importancia, a la cual pertenece la «Historia de la Música», del doctor Johannes Wolf, de la Universidad de Berlín, que ha sido completada, en lo que a la música española se refiere, por el insigne musicólogo catalán Mnsr. Higinio Anglés.

La edición era indispensable, porque los manuales de historia de la música, aun tan completos en su brevedad como el de Wolf, no dan a nuestra música, pasada o presente, la categoría que tuvo en el concierto europeo. No sólo por lo que nos atañe a los españoles para conocimiento de nuestro país se hace necesaria la publicación de historias de la música española y de la música en España, que no es la misma cosa, sino incluso para reivin-

dicar para España el puesto que merece en la historia general de la cultura.

Ocurre que su importancia y originalidad fué grande en los tiempos en que también lo era el Estado; pero los estudios de Historia desde el punto de vista político dejaron atrás durante cierto tiempo a los artísticos, y si éstos en todo lo plástico, arquitectura tanto como pintura y escultura, han recuperado la distancia perdida y se han puesto al paso en primera línea, los musicales los siguen con bastante retraso, principalmente por la falta de cohesión y método en las investigaciones, que aisladamente son preciosas, pero que se coordinan mal, y en el mejor caso, no sin un espíritu tendencioso a favor de pruritos regionalistas que, llevados al campo general de la historia desvirtúan más o menos el panorama real, por la diferente perspectiva con que se enfoca lo cercano respecto a lo que cae lejos de la competencia o aun de la simpatía del escritor.

Eruditos e investigadores del talento y conocimientos del P. Anglés hay pocos en España. Sus estudios sobre puntos determinados de la música antigua tienen un valor documental de alta importancia. El ensayo que ahora presenta como complemento al libro de Wolf lo presenta bajo un aspecto nuevo, que vale tanto más cuanto que su necesidad se sentía imperiosamente. No escapa enteramente el Sr. Anglés a lo que es achaca universal y corriente entre eruditos de profunda especialización; pero él mismo es el primero en instigar al estudio de conjunto; en síntesis, que necesitan ser renovadas de tiempo en tiempo, conforme se van descubriendo mejores fundamentos y los especialistas hallan datos nuevos capaces de hacer cambiar el punto de vista anterior. Anglés tiene mucha razón en fustigar el estado de apatía y desorden que existe en la musicología castellana (por llamar así a la que no es catalana), y es necesario de todo punto que esa actividad se intensifique en honor del mérito que deja ver lo que ya se conoce.

Pero realmente, y por muchos que sean sus defectos, y aunque su escasez sea aún más sensible por la importancia del tema, la musicología castellana no vive tan en precario como se da a entender. Es cosa corriente entre historiadores desdeñar a los que los anteceden por el hecho de haberles podido rectificar en una cantidad, por ejemplo, de un diez por ciento. Pero el noventa por ciento restante sigue en vigor y pasa enteramente a su propio caudal, que aparece limpio y terso después de haberse oscurecido el del predecesor con abrumadores dictérios. Si los editores españoles hubieran comenzado por publicar en castellano la historia de la música en España que Rafael Mitjana incluyó en la Enciclopedia del Conservatorio de París, en francés, naturalmente, y hubiesen hecho la traducción encargando cada capítulo a persona especializada y competente; si además se hubieran completado los de Mitjana con sus propios estudios publicados aparte, el paisaje de la musicología española no parecería tan yermo como vulgarmente se cree.

Imagínese qué espléndida realización se habría obtenido al publicar esa vastísima obra,

de Mitjana después de haber sido revisada en lo referente a la música medieval, por el P. Anglés, en el canto muzárabe por las monjas de Silos; en el teatro primitivo, por el Sr. Cotarelo y Mori; en la tonadilla escénica, por el Sr. Subirá; en los vihuelistas, por Torner y Trend; en ciertos aspectos del canto popular, por otros muchos más; en los polifonistas profanos y en algún otro punto, por el Centro de Estudios Históricos de Madrid; en los instrumentos antiguos, por alguien que se especialice en la materia, y así sucesivamente. A Eslava, a Pedrell y a Mitjana hay que rectificarlos en muchos detalles; pero que enorme caudal de conocimientos y la ordenación general sigue en pie, porque todo intento de escribir una nueva historia de la música en España se basará forzosamente en ellos en grandísima proporción. ¿Vale la pena intentar una nueva historia que no tenga nuevo sino una parte mínima? ¿O es preferible una buena reedición de Mitjana por varios especialistas? Mi criterio responde a esta segunda pregunta.

Sin el excelente estudio con que el P. Anglés puntualiza el manual de Wolf, hubiera sido de desear que se publicase un resumen de 400 ó 500 páginas del libro de Mitjana por persona discreta al tanto de las rectificaciones necesarias. Después de publicado el volumen de Wolf-Anglés, no hace ya falta; pero en cambio se impone violentamente la necesidad de la obra total, según queda dicho. ¿Podría llevarla a cabo un especialista? Quedan apuntados los peligros, mientras que Mitjana, prescindiendo de sus errores de detalle, excusables en obra de tan vasta área y entidad, es siempre ecuánime y no se entrega a particularismos ni de región ni de materia.

En todos los casos mencionados, la historia está entendida como sucesión de hechos y fechas. La Historia concebida orgánicamente, en la que el arte es función cultural, de la sociedad de una época, es, para otros criterios, cosa más apetecible. Pero no puede abordarse lo segundo sin lo primero, so pena de que la historia se convierta en fantasía. No puede tardar mucho tiempo sin que se presente al lector interesado por la cultura española una historia de nuestra música en ese sentido. Pero mientras llega, aunque sea en forma de ensayos parciales, esa primera base «científica» es sumamente necesaria.

El libro de Wolf está concebido dentro del criterio de hechos y fechas, pues que responde no a una interpretación de la historia, sino a un propósito didáctico. Y como la ordenación está hecha de mano maestra, con un conocimiento y competencia nada vulgares, la utilidad del libro aparece indudable. Los puntillosos le reprocharían, por ejemplo, que ignore la fecha de la muerte de Tomás Luis de Victoria y tal o cual otro detalle; pero Anglés viene a poner las cosas en su punto. La aportación de Anglés es sobre todo valiosa en lo que se refiere a la música anterior al siglo XVIII, y subsidiariamente, por lo que concierne a la música en Cataluña, que estudia con singular competencia.

La traducción, esmerada, como todas las de Gerhard, merecería revisarse en una segunda edición por más de un motivo. No se

ría inoportuno completar lo referente al siglo XIX en España y que un libro que mencionara, por ejemplo, a Leo Fall pudiera mencionar a Manuel de Falla, a menos que no se quiera limitar la categoría histórica más que a aquéllos que están ya del otro lado de la Estigia. Wolf, en efecto, no menciona aun a Ricardo Strauss y a Pfitzner. Dicho sea esto, a lo menos, en consonancia con lo que queda apuntado más arriba sobre la perspectiva.—S.

ETUDE SEISMO-LOGIQUE DU CHILE, por Julio Bustos Navarrete. La Universidad de Estrasburgo (Francia) ha conferido a nuestro compatriota don Julio Bustos Navarrete, Director del Observatorio Meteorológico del Salto, el honor de aprobar, traducir y publicar su Memoria sobre los terremotos de Chile.

Terremotos de Chile.

Terremotos de Chile. Dejamos el triunfo del hombre de ciencia; pero desearíamos que su trabajo lo leyeran únicamente otros hombres de ciencia, a quienes, por lo demás, va destinado. De ningún modo querríamos que cayera en manos de extranjeros dispuestos a venir a Chile o de personas nerviosas; los primeros desistirían, probablemente, de su viaje y las segundas desearían emprenderlo en el primer vapor, rumbo a tierras más seguras.

La de nuestro país aparece «remecida y poco estable».

El señor Bustos ha reunido pacientemente cuanta noticia histórica y científica es posible hallar sobre los movimientos sísmicos de este suelo, desde el año 1520 hasta el 15 de Octubre de 1930; y resultan impresionantes las cinco nutridas páginas de fechas que entre una y otra corren. Los «temblements de terre» se suceden con frecuencia.

[Y qué detalles]

La seguridad precisa del estilo técnico les añade vigor: «El 28 de Octubre de 1526—pág. 11—hubo un violento terremoto frente a las costas de Arauco. Fué seguido de una salida del mar (raz de marée) que inundó todas las costas del Sur de Chile. No existen datos sobre los perjuicios ocasionados, porque, en aquella época, no había gran cosa que destruir en esos sitios. El 8 de Febrero de 1570, un terremoto destruyó la ciudad de Concepción, situada entonces donde ahora se encuentra Penco. Hubo varias salidas de mar; grandes grietas se abrieron en el suelo y brotaron agua caliente, lodo y emanaciones sulfurosas. El 17 de Marzo de 1575, un terremoto intenso destruyó la ciudad de Santiago y derrumbó murallas y casas. El 16 de Diciembre del mismo año, otro terremoto violentísimo destruyó la ciudad de Valdivia. El río presentó un fenómeno extraordinario: la mitad se vació en el mar y la otra mitad se retiró hacia el interior, dejando el lecho seco. Poco después, una ola enorme que venía del mar invadió el lecho del río hasta el interior. Nada quedó en pie de la ciudad de Valdivia».

Y sigue la lista.

El señor Bustos Navarrete quiere hacernos temblar.

El gran problema de la sismología, su objeto último y práctico, reside en la previsión de los terremotos, naturalmente, con el ob-

jeto de precavernos y no tenerlos, en consecuencia, tanto miedo. Por desdicha, las conclusiones de la ciencia se dirían calculadas para aumentar el espanto y no poderlo evitar. La estadística demuestra que hay más temblores de los que imaginábamos. Esto ya nos quita un poco de tranquilidad. La observación muestra que su aparición se distribuye por períodos de calma y períodos de crisis. ¿Cuándo? ¿Cómo? Se ignora. Sólo se sabe—una nota nos advierte que se trata de opinión personal del autor—que la intensidad del movimiento está en razón directa del proceso «epirogénico», en otras palabras, mientras más prolongado ha sido el tiempo de reposo, más intenso y mortífero será el remezón: «Síguese de aquí—pág. 3—que la previsión de un terremoto es científica y prácticamente posible; pero, dentro de los límites de nuestros actuales conocimientos, no podemos fijar la fecha, el día ni la hora». Son casi los propios términos en que el profeta se dirige a los pecadores: estad preparados, porque no sabéis el día ni la hora.

«El 20 de Febrero de 1885, un violento «tremblement de terre» destruyó casi todo el Sur de Chile; fué especialmente violento en Concepción. El mar se retiró a tres kilómetros y, en seguida, tres gigantescas olas sísmicas arrasaron la ciudad con un furor irresistible».

Dejemos esta primera parte descriptiva.

La segunda parte estudia la relación entre los terremotos y los cambios de tiempo, las perturbaciones magnéticas y solares, las erupciones volcánicas y la constitución geológica de la corteza terrestre. Son otras tantas ventanitas para asomarse al origen misterioso de los temblores. El señor Bustos, con la prudencia del sistema experimental, apunta hechos, insinúa probabilidades, se abstiene de conclusiones terminantes; pero deja ver numerosos caminos que algún día nos llevarán a la luz. Por ahora, la antorcha vacilante de los aparatos, más que alumbrar, proyecta sombras aterradoras en las paredes.

VICENTE LECUNA. El distinguido publicista e historiador venezolano Vicente Lecuna ha publicado, bajo los auspicios del Gobierno de su país, en 10 volúmenes de gran formato, la correspondencia de Simón Bolívar.

No se trata en esta obra de un simple ensayo de difusión y de ordenación de los importantísimos materiales históricos de ese ilustre epistolario. Ello sería estructurar y corregir cuidadosamente colecciones anteriores de cartas de Bolívar.

La alta importancia histórica y literaria de la obra de Lecuna está, desde luego, en su orden y pulcritud; pero, además, en el ancho aporte de materiales inéditos que arrojan inesperada claridad sobre pliegos íntimos de la vida del Libertador y sobre acontecimientos históricos de suma trascendencia.

Los hallazgos del señor Lecuna, en ese sen-

tido, colocan su nombre paralelamente a los grandes historiadores que desde Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza hasta O'Leary, Blanco Fombona y Restrepo Tirado, han cultivado con noble y fecundo ahínco la erudición bolivariana.

El último tomo de esta importante colección es un «Índice Analítico» de singular precisión y plenitud, en que se hacen sumarios tan completos de las materias contenidas en el epistolario que valen muchas veces como un resumen orgánico de él.

Don Vicente Lecuna ha de recibir muchas felicitaciones por su obra de indagación bolivariana, por su pulcro esfuerzo en fijar los hechos a través de un libro de «muchísimos años, en que ha empleado a veces, largo tiempo en comprobar un hecho o verificar un nombre».—Antonio S. de Bustamante y Montoro.

W. SAUER. «Filosofía Jurídica y Social». Traducción por Luis Legaz y Lacambra. Barcelona.

El Profesor Wilhem Sauer, autor de valiosas obras y bien conocido en Alemania por su intensa labor cultural, ha vertido su orientación filosófica

en el Tratado sobre «Filosofía Jurídica y Social», admirablemente traducido por el Profesor Legaz y Lacambra, cuyos esfuerzos por divulgar la cultura, seleccionando las mejores obras, son dignos de elogio.

Esta obra de Sauer se divide en tres partes fundamentales: Directrices, Problemas y Profesiones. Contiene, además, un interesante y metódico estudio por Legaz y Lacambra sobre «las tendencias dominantes en España en la Filosofía Jurídica, Política y Social».

En la primera parte señala el autor las direcciones generales de la Filosofía, encuadrando dentro de ellas los movimientos más destacados de la Filosofía jurídica contemporánea: el Neokantismo, la Escuela de Marburgo, de Còhen, Natorp y Cassirer; la Escuela de Baden, de Windelband, Rickert y Lask; y la filosofía jurídica y social de Kohler, Stammler, Kelsen, Salomón, Radbruch, Verdross y Merkl; la Fenomenología en sus diversas direcciones; el irracionalismo y la filosofía de la vida; el utilitarismo, pragmatismo y socialismo. Pero por este mero índice se comprende la imposibilidad material de destacar, ni aun en sus rasgos más salientes, este gran movimiento filosófico actual.

Los grandes sistemas logicistas de Stammler y Kelsen, no se caracterizan en su esencia; ni se les da la extensión que le corresponde, quizás porque el autor se manifiesta constantemente contra del formalismo jurídico, volviendo su vista hacia la materia para descubrir en ella el contenido sustancial de toda Filosofía. Para Sauer le corresponde a la Razón la dirección formal, pero sin olvidar que es necesario darle contenido recurriendo a la Historia, de este modo, con las ideas fundamentales del movimiento filosófico contemporáneo, armoniza estos dos términos en discordia.

Donde plantea el autor los problemas esenciales de la Filosofía Jurídica y Social es en la segunda parte de su obra, analizando minu-

ciosamente todas las cuestiones que se han discutido en el campo filosófico, hasta el día, y dándole una solución adecuada. En ella es donde debemos descubrir la filiación y las ideas fundamentales del Profesor germano. Con método y sistema plantea los problemas de contenido y aunque no se extiende en cada uno de ellos debido a la índole de esta obra, que es un tratado, sin embargo, son valiosas sus afirmaciones y seguramente en estudios posteriores ha de darle la extensión que le corresponde.—Emilio F. Camus.

MAX SCHELER. La obra está compuesta con los manuscritos dejados al morir por el llorado filósofo Max Scheler y ordenados y dados a luz por su viuda, asesorada para el caso por personas de tan singular competencia como Heidegger y Gelb. No es totalmente inédita porque hay algunas resonancias de ella en libros anteriormente aparecidos del mismo autor; pero lo es en conjunto.

Seis partes, que son otros tantos tratados, la constituyen. En la primera, «Muerte y Ultravida», se analiza el fenómeno de la conciencia, la vida y la muerte para erigir, sobre el *superávit* psíquico indiscutible, que en los actos propios de la persona pone aquél de relieve, la deducción de la supervivencia de la persona en el acto último de la vida, que es la muerte. En la segunda, «Pudor y sentimiento del pudor», tras de poner en su lugar esa propiedad psicoética del hombre, distinguiéndola, en su raíz, de las pseudo-homologías, que se manifiestan en la vida emocional y de relación de los animales, se establecen los puntos de contacto o las analogías y diferencias, que tiene con otras expresiones psíquicas humanas, se especifican y demuestran el origen y las variedades de ella y se determina la función, que le corresponde desempeñar en la fase sexual y en la superior o sublimada de la vida. En la tercera, «Modelos y conductores de muchedumbres», se define lo que unos y otros son en sí y en relación con el ser, la conciencia, la realidad y los valores y, dividiendo a los últimos en las tres conocidas categorías de santos, genios y héroes, se les describe minuciosamente desde el punto de vista de sus respectivas psicologías religiosas y morales y de sus correspondientes eficiencias históricas. En la cuarta, «Orden del Amor», se hace ver la importancia normática, que la doctrina sobre el amor implica, las relaciones intrínsecas que éste guarda con él querer y el entender y la manera inmediata como influye en la formación del carácter y en la dirección de la vida y se describen las variedades y la fenomenología del amor para terminar con una exposición ceñida, pero cimentada, del innatismo ideológico como derivado del ontologismo del «Orden del Amor». En la quinta, «Fenomenología y Teoría del Conocimiento», se expone de

mano maestra el sistema fenomenológico, haciendo ver su fundamentación, su método especial descriptivo y buceante, sus relaciones con la Psicología especulativa y experimental y las bases noéticas nuevas que aporta, así como las críticas con que ha tenido que enfrentarse y las contracríticas de éxito, que puede oponer. En la sexta, «Doctrina de los tres hechos o fenómenos», que es derivación lógica de la anterior, se aplican los principios fenomenológicos a la determinación del objeto de la ciencia y la filosofía, del conocimiento causal y del empírico y a la refutación de las soluciones, que a estos diversos puntos fundamentales se han dado en diferentes sistemas filosóficos.

Al fin de estas partes de la obra se incluyen cuatro Apéndices, que son explicación o refrendo de la doctrina expuesta en cada una, de las que con ellos se completan. Quizá uno de los referentes a la primera, «Onus Probandi», tuviese en la mente de Scheler significación más amplia. Por las trazas parece ser esquema de un tratado en proyecto.

Y todos ellos no son ensayos sino tratados, como he dicho. No agotan la materia sobre que versan, pero la encuadran y profundizan de modo tan cabal, que resultan un todo maravillosamente entrelazados y definidos. Y no hay que decir que el pensamiento discurre por ellos con agilidad, decisión y amplitud de perspectiva sorprendentes. Scheler es, al fin, uno de los filósofos de más riqueza y más vitalidad mental, que ha producido Alemania en los últimos tiempos.—B. Ibeas.

ARCHIVOS DE MORFOLOGIA. Los «Archivos Chilenos de Morfología», cuyo tomo primero acaba de publicarse (Prensas de la Universidad de Chile), no son un simple número más en el programa del Centenario de la Enseñanza Médica Chilena; se trata más bien de una obra científica en marcha que comienza admirablemente y que es de esperar tenga un desarrollo correspondiente a tan espléndida iniciación. El tomo primero de los «Archivos» comprende trabajos de los doctores Gustavo Jirón, Secretario de la Facultad de Medicina y Director de la publicación; N. Flores W., N. Muñoz H., I. Mena R. y L. Labra, e incluye, además, la memoria de prueba presentada por doña Erna Mahn para optar al título de médico cirujano, intitulada «Anatomía del recién nacido».

Merece mención especial el trabajo titulado «Historia de la Anatomía en Chile», del doctor N. Flores W., que en realidad estudia muchos puntos de la historia general de la Medicina Chilena inconclusa desgraciadamente, ya que el primer tomo de la Historia de la Medicina del doctor Ferrer no ha tenido continuación hasta el día. El doctor Flores ha hecho una disertación breve pero clara y completa, y esperamos que en el nuevo artículo que promete, dé a conocer todo lo que se necesita saber sobre el tema de su estudio.

Las Prensas de la Universidad de Chile han hecho como de costumbre una espléndida impresión en la cual las láminas mantienen todo su valor ilustrativo.

En Chile, como en cualquier país america-

no, resulta difícil la publicación de una revista de ciencia pura, ya que ella, por su índole misma, no es accesible sino a un cortísimo número de lectores. En el caso de la revista que nos ocupa, débese elogiar ante todo, el carácter desinteresado de los estudios que se han reunido en ella, los cuales en conjunto atestiguan que hay en la Universidad de Chile cierto número de personas para las cuales la investigación pura constituye una ocupación deleitosa.

LA CONSTITUCION DE 1833. Rara vez dejan los hombres ilustres un hijo que continúe su obra. He aquí una excepción a la regla: el hijo del comentador más eminente de la «Constitución de 1833», don Jorge Huneeus, publica en estos momentos un notable ensayo sobre esa Carta Fundamental, o como llama él mismo su obra en un segundo título: «Ensayo sobre nuestra Historia Constitucional de un Siglo».

Herederó de esa tradición, profesor él mismo, muchas veces Ministro de Estado, diplomático, miembro del Congreso, una de las personalidades más brillantes de su generación, don Antonio Huneeus estaba bien calificado para emprender este trabajo. Lo ha hecho con suma erudición, gran sentido crítico y un espíritu ponderado, justiciero, sereno, de verdadero historiador. Revisar los sucesos políticos más considerables de un siglo entero (1810-1910), sin que jamás deje ver el autor tendencias partidistas, sin que se desvíe de una línea de rigurosa justicia histórica, es grandísimo mérito y garantía preciosa para el lector que busque en este ensayo una orientación.

Los capítulos iniciales presentan el cuadro de la nacionalidad naciente, sus orígenes coloniales, las ideas precursoras de la independencia, la inquietud de los primeros años en busca de una organización jurídica propia y estable.

El señor Huneeus ha analizado muy exactamente los antecedentes de la Constitución de 1833, ese monumento de buen sentido y alta cultura jurídica y política que hasta hoy nos parece un asombro y que fué una excepción en América. Mientras los demás países del continente se destrozaban en luchas intestinas y seguían inventando las más fantásticas fórmulas constitucionales, Chile entraba en el remanso de orden, de trabajo, de civilidad que duró, con pocas interrupciones, hasta muy cerca de cumplirse un siglo de la promulgación de aquel documento admirable.

Tanto el espíritu de la Constitución como su evolución y sus aplicaciones en la práctica, sus reformas y la legislación complementaria sustantiva, régimen interior, municipalidades, contribuciones, etc., han sido estudiados por el señor Huneeus con el mismo espíritu crítico y la misma imparcialidad. En todo el curso del trabajo parece no guiarle otro propósito que el de trazar el camino seguido por Chile en las vicisitudes de su existencia constitucional. No pretende demos-

trar si esta o aquella doctrina fué la mejor, si un partido u otro tenía razón.

Son muy interesantes los capítulos que dedica a nuestra organización social. Vemos en el ensayo de que damos cuenta la evolución de las antiguas familias que hicieron la Independencia y organizaron la República y la engrandecieron y prestigiaron. Asistimos al avance de la democracia y al nacimiento de lo que el autor quiere llamar sólo provisionalmente «espíritu de clase media», no como clase social, sino como un elemento espiritual, resultado del progreso y de la mayor cultura, unidos a un mejoramiento de las condiciones económicas.

Todo el libro respira un profundo patriotismo, una fe optimista en los destinos de Chile y una visión clara del futuro.

Es lástima que el señor Huneus haya querido detener su ensayo en el año 1910, cuando sólo se divisaban aun confusas, pero ya amenazadoras, las perturbaciones que habían de conmovir la República catorce años después. Ellas caben en un estudio sobre la Constitución del 33 porque ésta sigue vigente en su parte substancial con las reformas introducidas por el plebiscito de 1925.

No hemos pretendido hacer sino una nota bibliográfica de este libro. Para juzgarlo se necesitaría una cultura jurídica que no poseemos. Su claridad, su método, la limpidez de su estilo, hacen la materia comprensible para cualquier lector con mediana cultura. Pero un juicio crítico, como los que sin duda se harán de este trabajo, reclamaría más espacio y mejores conocimientos que los nuestros.—C. S. V.

DIARIO DEL VIAJE Y MISION AL RIO DEL SAUCE REALIZADO EN 1748 POR EL R. P. JOSÉ CARDIEL, S. J., precedido por un estudio biográfico del autor, y una regesta de su labor literaria y cartográfica por el P. Guillermo Furlong Cardiff, S. J. y por una introducción, un análisis crítico, del itinerario y de las cartas; y notas aclaratorias del texto, por Félix F. Outes. Buenos Aires.

Es un hecho conocido que los estudios científicos de historia, geografía, etnografía y ciencias afines, carecen, en las revistas de gran circulación, de la publicidad con que deberían ser acogidos los trabajos que verdaderamente honran al país que los produce y que, en cambio, disfrutan de amplio espacio y comentarios las producciones de carácter más o menos superficial, de fácil lectura y escaso valor, acerca de las cuales el crítico más insignificante puede, con toda facilidad, escribir una larga nota bibliográfica.

Todo esto no ocurre, por fortuna, en **Nosotros**, una de las pocas tribunas en las cuales se reconocen los méritos de los trabajos hechos con honestidad. En esta revista, un núcleo de colaboradores, pequeño, pero sincero, comentó las obras científicas que se van publicando y no deja de destacar los valores que contienen.

La obra del señor Félix F. Outes, de la cual

nos proponemos dar una ligera noticia en estas páginas, es un trabajo que se adelanta en varias decenas de años al medio científico de nuestro país. Nada semejante se ha producido hasta la fecha entre nosotros. Los más valiosos trabajos históricos de Groussac no tienen la erudición y el método con que se ha escrito este libro. Las verdades es necesario decirlas sin eufemismos. Con este solo libro, el señor Outes, que ya cuenta con más de doscientos títulos publicados—todos ellos fundamentales—, graba su nombre, de un modo imperecedero, en la historiografía y en los estudios geográficos argentinos.

Tras de una erudita introducción del señor Outes sobre la narración del viaje hecho por el P. Cardiel y la carta levantada por el mismo misionero, se abre el volumen con un estudio biográfico del P. José Cardiel escrito por el P. Guillermo Furlong Cardiff, S. J., de 57 páginas, que es, indiscutiblemente, la mejor biografía publicada hasta la fecha, del célebre jesuita. El P. Furlong narra su vida de acuerdo con una documentación en gran parte inédita, siguiendo siempre la letra fiel de los documentos y consignando hechos desconocidos que nos muestran por primera vez todas las andanzas y trabajos de aquel misionero.

Sigue una segunda parte, también escrita por el P. Furlong, sobre «La labor literaria y cartográfica del padre Cardiel», de 42 páginas, sumamente interesante por las fichas bibliográficas que contiene y sus respectivas anotaciones críticas. Como síntesis de los trabajos de Cardiel, podemos transcribir estas líneas del P. Furlong: «Durante su residencia en América, apenas tuvo tiempo para dedicarse al estudio y al trabajo sosegado de gabinete; y, no obstante, a este período de su existencia pertenecen sus mejores producciones históricas. A esto se debe que sus escritos de circunstancias sean la expresión de su apostolado y, en gran parte, la crónica de su propias conquistas. Bien puede decirse de Cardiel que, más que a escribir historia dedicóse a hacer la historia».

La tercera parte de esta obra es «El itinerario del Rev. Padre José Cardiel S. J. y las cartas que se le refieren», por el señor Félix F. Outes.

El trabajo, como hemos dicho en párrafos anteriores, no puede ser más metódico y erudito. El análisis y la crítica del itinerario es una reconstrucción científica que revela no sólo un conocimiento perfecto de toda la literatura histórica de la época y de las fuentes cartográficas y planimétricas inéditas y éditas del siglo XVIII y de comienzos del XIX, sino un espíritu crítico y una inducción poco comunes. El señor Outes une a sus grandes conocimientos científicos, una pasión innata por este género de estudios, que trata y desarrolla con cariffo de sabio enamorado de su ciencia. No de otro modo se explica la meticulosidad, verdaderamente admirable de los detalles, cada uno de los cuales representa meses enteros de investigaciones en los archivos y comprobaciones científicas sobre los mapas. Además interviene, también, el conocimiento práctico del terreno, que el señor Outes ha recorrido por sí

mismo en más de una ocasión. De este modo, el señor Outes ha logrado identificar todas las menciones, por vagas que sean, que el P. Cardiel hace en su diario; y ha demostrado, también, los errores en que incurrió el sabio jesuita: errores harto disculpables si se tienen en cuenta las condiciones penosísimas en que el P. Cardiel escribió su diario.

La carta que el P. Cardiel compuso para ilustrar su «Diario», y que contiene, también, el itinerario de su viaje, es, como dice el señor Outes, «el monumento más antiguo de la cartografía bonaerense—strictu sensu—, y el primer documento, de esa especialidad, que trata de ajustarse a la realidad geográfica regional». En efecto, se trata de un prototipo único y de una fuente de información que aprovecharon los cartógrafos que le sucedieron.

El señor Outes hace su descripción externa, e interna, y luego, su análisis y examen crítico. Este estudio demuestra que el mapa trazado por el P. Cardiel es por completo original, pues carece de prototipos y su autor lo ejecutó valiéndose únicamente de sus propias observaciones sobre el terreno. En este mapa se registran por primera vez las designaciones desconocidas de numerosos lugares al Sud del río Salado y de gran parte del litoral bonaerense. Entre estas designaciones se hallan nombres de la época del descubrimiento, de la primera mitad del siglo XVII, de los últimos decenios de ese mismo siglo y de mediados del siglo XVIII. El señor Outes anota estos términos con sus correspondientes designaciones actuales.

Terminado el estudio del mapa del P. Cardiel, el señor Outes inicia el de un derivado anónimo ejecutado a fines del siglo XVIII. La primera y valiosísima comprobación del señor Outes es la de descubrir el nombre del autor de este mapa hasta la fecha anónimo: lo dibujó el ingeniero militar portugués, don José Custodio de Sá y Faria. Su vida, sintetizada por el señor Outes de acuerdo con una copiosa documentación y referencias inéditas, es la primera vez que se escribe. Ella nos revela la existencia de un personaje conocido en la historia, en una infinidad de documentos dispersos, pero acerca del cual no se tenía un resumen biográfico como el presente.

Al igual que en el mapa de Cardiel, el señor Outes hace de su derivado una minuciosa descripción externa e interna y, a continuación, un perfecto análisis y examen crítico.

Tanto el examen del mapa del P. Cardiel como el del ingeniero José Custodio de Sá y Faria, sorprende por su valor científico. El señor Outes ha hecho sobre estos mapas un estudio como hasta la fecha no se ha hecho otro en Sud América, llevando, por tanto, nuestra ciencia cartográfica a una altura que, sin él, habría aun tardado varias decenas de años en alcanzar.

La última parte de este volumen contiene la reproducción del «Diario del viaje y misión al Río del Sauce por fines de Marzo de 1748», del P. Cardiel. Se trata de una edición sabia, con la ortografía original y notas aclaratorias de un altísimo valor histórico, etnográfico y geográfico. En efecto, el señor Outes

hacé un comentario erudito a cada nombre etnográfico y geográfico del texto que revela, ante todo, la amplitud de sus conocimientos en estas ciencias; y, luego, su empeño en no dejar un solo detalle sin analizar y documentar. Llama, también, la atención, la identificación de las plantas y animales mencionados por el P. Cardiel, por medio de sus nombres científicos latinos. No hay, en fin, un solo detalle que no sea objeto de un estudio acabado, definitivo.

Al final del volumen, hállanse, también, unas nóminas geográficas y toponímicas, gentilicia y personalia que revelan el enorme trabajo que ha costado el estudio y el análisis de esta obra fundamental en nuestra historia y geografía, resultado de largos años de investigaciones pacientes y definitivas.—Enrique de Gandía.

EUGENIO ORRE- Carrera es un perso-
GO VICUÑA. naje de tragedia. Po-
«Carreras». San- see sobrada entonación
tiago. patética—«paths sin
échos—para llegar al

teatro. Y además fué un héroe amoroso. «Un guerrero tiene poco tiempo de querer», afirma, sin embargo, doña Mercedes en un diálogo con Carrera en el hermoso drama histórico de Orrego Vicuña. «Los soldados, señora—responde el caudillo—, aman más porque aman más a prisa y menos tiempo». Pero pronto el amor pasa a segundo plano. No son tiempos de querer, sino de conspirar. ¿Contra quién? Contra el dictador José Miguel Carrera. Y en medio de la fiesta en la Casa de la Moneda interrumpe el sarao. Ha estallado una sublevación. El general se dirige a su noble dama y exclama: «Siento interrumpir esta danza, señora, que era la primera que bailáramos juntos, pero la República está en peligro». La musa trágica está a la vista. Son las sombras de los ajusticiados: de Juan José y Luis: «¡Nunca golpe alguno pudo sorprender más a un hombre!», grita el hermano vengador al recordar el suplicio de aquellas víctimas. En el Acto tercero trasládanos el autor a El sitio de Buenos Aires. Estamos en la pampa de los montoneros. El protagonista ha regresado ya de los Estados Unidos. Cabalga sobre la llanura invocando el sagrado nombre de Alvear. Viene en compañía del «Supremo entrerriano». Escuchemos a Sarmiento: «Carrera levanta montoneras en Santa Fe y dirige a Ramírez, López y Bustos, general de la nación. En Buenos Aires lo siguen Sarratea, Soler, Alvear y tantos otros hombres notables, acaso porque participaban de sus preocupaciones contra San Martín». Fué simpático al iracundo enemigo de los caudillos el nombre de Carrera: «el brillante hidalgo chileno», «el genio de la montonera argentina», como lo expresó en «Conflicto», su último libro de senectud. «Cuatro caciques y veinte mocetones de las tribus de los indios pampas me han ofrecido el concurso de sus lanzas, con el título de Pichirrey», razona Carrera en el Acto IV. «Los indios figuran en primera línea entre los defensores de la federación», explica Sarmiento sobre el particular. Carrera lanza al viento su último desafío. Pónese en marcha al in-

terior. Primero Córdoba, después, San Luis. En la ciudad puntana establece su cuartel general, habiéndolo destituido al Gobernador Ortiz—amigo y consejero de Facundo—en el encuentro de Las Pulgas. Mendoza y San Juan apréstanse a la defensa. El «pelucón» Albino Gutiérrez opónela una terrible resistencia. En Punta del Médano cae prisionero el enemigo de San Martín.

El Acto V representa La Prisión. Abreviamos. El héroe legendario espera serenamente la muerte: «Los dos protagonistas de la revolución de Chile, don José Miguel Carrera y don Bernardo O'Higgins, pertenecen por entero a la historia argentina», ha dicho el gran Vicente Fidel López. El primero desaparece de la escena en la tierra de sus grandes hechos. Y dirigiéndose a Barcala y Benavidez pronuncia estas últimas palabras: «Hermano mío, cuando mis amigos os pregunten por mí, mañana, decidles que Carrera ha muerto por la libertad de América...». Y así murió por la libertad de su pueblo—entendida así en su forma más salvaje—este «nuevo Aquiles de las edades bárbaras de América».—Porfirio Farfán Núñez. (NOSOTROS. Buenos Aires).

DOÑ PANCHO GARUYA. Ya lo expresó la RUYA, por Manuel Guzmán Matirana. Santiago.

pluma de los entendidos: Este es el libro de un folklorista. En realidad, lo que la primera vista recoge como mérito característico de estas páginas, es su abundante contenido en material de folklore que el desarrollo de los acontecimientos ahí relatados le da al autor ocasión de exhibir.

Peró de folklorista que se nos presenta en esta novela, Manuel Guzmán se eleva a sociólogo. Pues, confecciona con esos datos un cuadro de la vida de ciertas clases de la sociedad chilena tal como fué real en el momento histórico inmediatamente anterior al actual. Resulta así un documento que nos presenta los rasgos característicos de esa fase de desarrollo de la cultura chilena.

Son, ante todo, dos de estos rasgos que nos impresionan: el íntimo consorcio en que el hombre vivía con la naturaleza, su conformidad con las condiciones sencillas de existencia todavía poco artificializadas, apenas elevadas por el ingenio humano más allá de lo que la misma naturaleza ofrece a sus seres; pero, en cambio, la entrega sin reservas al goce de los fuertes placeres primitivos, sin refinamientos, sin perversidad y no complicada por ninguna conciencia de pecado sino guiado por una ética de ingenua paganidad.

¡Con qué poder de evocación pinta esta novela las fiestas que se dan esos buenos y sanos cultivadores de la plenitud de vida! ¡Cómo logra, por ejemplo, el autor, verdadero doctor en culinaria, hacer a sus lectores partícipes en las sucesiones homéricas de tragos y platos con que sus héroes se regalan!

Es una experiencia benéfica y al mismo tiempo instructiva la que se nos procura al inmergernos en aquel modo de sentir y pensar que tan radicalmente se diferencia del tipo de vida del que nos toca participar en la actualidad. Al resucitar la época precursora

a la nuestra, la historia de don Pancho Garuya nos hace juzgar con mayor nitidez los aparentes progresos de nuestra generación, lo caótico de las orientaciones espirituales, lo obscuro de todos nuestros problemas, la falta de paz en todas nuestras relaciones.

Peró éstas son impresiones que nacen en el lector por contraste. La novela misma se concreta a la pintura de su propio ambiente. No teoriza y a lo sumo deja palpar alguna actitud crítica por el tono humorístico de la descripción.

La novela «Don Pancho Garuya» nos revela a un folklorista y a un sociólogo. Peró también es obra de un artista.

Al sentir la magia con que la narración de estas aventuras me envolvía, yo recordé a los grandes novelistas cuya arte de narrar no consistía en cabriolas de interpretación ni en elucubraciones de sondaje psicológico sino en la creación de rotundas figuras humanas y el desarrollo de una plenitud de motivos y acontecimientos, representativos del alma de una época y reveladores de las pasiones humanas. Sentí que aquí hay uno de esos narradores natos que tienen el don de cautivar al lector por el mero flujo tranquilo de sus historias, por su tono épico, por la vida que saben inspirar a sus personajes, por la plasticidad que dan a las escenas y, no en último lugar, por la honda emoción, la pura humanidad que se trasluce a través de todo su relato.

Son verdaderos poetas que no necesitan de los expedientes de un arte intencionado. Así, el estilo de la novela «Don Pancho Garuya» es sobrio, no busca la excelencia en la traducción de cada hecho en metáfora: Pero en toda su naturalidad, este lenguaje está lleno de vida interna, es fuertemente sugestivo, de un gran poder de evocación.

«Don Pancho Garuya» es una novela de rara originalidad a la que contenido y forma concurren a dar el sello de lo vivo.

Y si por último puedo aventurarme a formular una apreciación general de esta novela, diría que su valor principal consiste en constituir una expresión de la chilenidad, no sólo ni preferentemente en sus exterioridades sino en su íntimo sentir, en su modo original de enfrentar las oportunidades y las adversidades de la vida. En este sentido, la obra de Manuel Guzmán me parece representativa de la idiosincrasia chilena, así como las novelas de Dickens lo son del carácter inglés y las de Raabe del carácter alemán.—Dr. W. Mann.

REINHARD KYNAST. «Grünaris des Logik und Erkenntnistheorie. Ein ontologischer Versuch». Berlín.

Contra lo que a primera vista parece este nuevo diseño del profesor Kynast no se construye a ser un manual más para iniciación en los problemas lógicos y epistemológicos. Antes bien, en sus páginas alienta la aspiración a revalorizar la lógica formal, que desde los tiempos de Kant pasa a los ojos de muchos por un mero anexo a la lógica trascendental, cuando no por una inútil divagación vacía de contenido. A la luz de la

ontología actual se descubre, sin embargo, una íntima correlación entre ambos campos de la lógica y se reconstruye la unidad de esta disciplina en cuanto que su empeño se cifra en sentar las bases para el conocimiento de la realidad. Al contacto fecundo con esta idea, que encuentra su área de realización en la ciencia, la lógica tradicional recobra su prístino valor. El asunto central de una lógica ontológica se concreta así en el esfuerzo por establecer los cimientos y los límites para un concepto dinámico de la ciencia.

El saber científico se configura en fuerza de dos factores, que son la forma y el contenido. Aquella se la presta el pensamiento, éste lo da la experiencia. Las leyes del pensamiento (identidad, diversidad, no contradicción, razón suficiente), que la lógica formal desarrolla y justifica a título de criterios de la verdad o de condiciones para la validez del saber en general, suministran a la ciencia una sólida armazón o estructura en la que cabe moldear todo posible conocimiento. Al saber científico, empero, el material le es dado en los objetos del mundo real; y es la teoría del conocimiento la que, a su vez, formula y justifica las condiciones de la ciencia por el lado de sus objetos, es a saber, su presentación en la experiencia y su articulación en un sistema de esquemas generales objetivos (categorías). Las categorías no tienen el valor de principios a deducir apriorísticamente por el pensamiento, sino que se descubren paso a paso a medida que nuestro conocimiento del mundo real se amplía en los dominios de las ciencias especiales.

El análisis de las leyes formales y el de las condiciones objetivas con arreglo a las que se constituye la ciencia, facilita en gran manera la comprensión de los procedimientos metodológicos, tanto deductivos como inductivos, de que el científico echa mano al urdir en conexión sistemática su saber de las cosas. La exposición de tales procedimientos acota el tema particular de la metodología.

La consideración ontológica que, según vemos, resulta en extremo provechosa, ha sido introducida por la fenomenología contemporánea. Pero ¿cabe encuadrar esta filosofía en los horizontes de la lógica al uso? Porque realmente es cierto que el método fenomenológico ha dado espléndidas muestras de fecundidad al sacar a la filosofía contemporánea de su marasmo y conducirla a un estado de florecimiento; pese a lo cual, la estructura lógica de aquel método sigue siendo el «gran enigma» que hace ya treinta años, desde su hallazgo y primera exposición por Husserl, lleva intrigados a los filósofos de la actual generación. El intento de descifrar el enigma da pie a interesantes disquisiciones críticas en la obra de Kynást, para quien el secreto del éxito logrado por la fenomenología radica en haber situado lo universal y lo particular, la esencia y el ejemplo, en un mismo plano lógico, de donde deriva una actitud de inicial indiferencia frente a los métodos, si bien a reserva de utilizarlos indistintamente para el desarrollo de las investigaciones. Es de notar que R. Kynást no es husserliano y, sin embargo, no duda en aceptar de la fenomenología cuanto ésta implica de

progreso dentro de la filosofía actual.—Joaquín Carreras y Artau.

FISICA Y MORAL, En Diciembre ppdo. por Jorge F. Nicolai. el profesor Jorge F. Nicolai, que desde hace más de un año reside entre nosotros, publicó el libro que ahora estudiamos y que lleva el título de estas líneas. Sobre la personalidad de su autor huelgan las explicaciones. Biólogo de fama mundial, profesor del ramo en diversas Universidades alemanas y suizas, su prestigio intelectual ha pasado todas las fronteras. Autor de distintos libros de carácter filosófico y científico, entre los que sobresale la monumental «Biología de la guerra», el profesor Nicolai, viajero por todos los países ha hecho un alto en el nuestro, donde no ha tenido que sufrir los rigores que algunos regímenes políticos lo han hecho padecer por sus ideas consideradas generalmente de avanzada.

El libro de que damos cuenta es un libro de ideas. Publicado por primera vez en 1931, comprende las ideas matrices que inspiraron las conferencias que el autor dió en Rosario (Argentina), en 1926. En el fondo las ideas informan la obra toda del autor, y expuestas en forma lata y acabada en su libro capital «La Biología de la guerra».

La amplia y sólida cultura filosófica y científica del profesor Nicolai, le permite esbozar en este libro los fundamentos de todo un sistema de doctrina y de moral. Basado precisamente en los conocimientos científicos al día, en el escepticismo que la conciencia de la verdad científica trae a los espíritus, el autor trata de esbozar un concepto general del mundo. La idea del relativismo científico le sirve para tratar de edificar una concepción moral integral, que sirva para fundamentar la conducta práctica que ha de regir las relaciones humanas. Esta conducta práctica, ocioso es decirlo, conociendo la probada mentalidad pacifista del autor, debe tender a preparar la armonía entre todos los hombres. Y aquí ya nos encontramos precisamente en el objetivo último, en la substancia misma que informa «La Biología de la Guerra».

Para el profesor Nicolai, el sistema moral que esboza debe llegar a eso: a producir una armonía entre la totalidad de los hombres. No puede negarse la belleza del pensamiento capital del filósofo. Es el mismo sueño de los poetas: el mismo anhelo inexpresado y permanente de la mejor parte de la Humanidad. Llegar a una armonía total entre los hombres; fundamentar una conducta práctica que por imperativo moral, evitara el horror de la destrucción de los hombres por ellos mismos.

En el desarrollo de sus ideas, expone el profesor Nicolai, el rico acervo de su cultura. Somete a un examen minucioso en la primera parte de su libro las corrientes que dominan, los estudios y las investigaciones científicas en biología y muestra con la relativa claridad que puede exigirse a esta clase de estudios, la acción de los conceptos de relatividad científica en el mundo biológico. En la segunda parte trata sobre el fondo mismo del asunto que lo preocupa: la posibilidad de la cons-

trucción de una moral objetiva, no solamente compatible con la relatividad de las doctrinas de la ciencia, sino fundamentada en esta misma relatividad científica.

Para llegar a los resultados de su trabajo y desarrollarlo con más extensión su pensamiento, el profesor Nicolai se apoya en las doctrinas filosóficas y científicas de los griegos más antiguos y aunque su pensamiento vuela a Sócrates y a Pitágoras, el generoso empuje de su ensueño nos lo muestra más cercano a Platon, el quimerista de «La República».

El relativismo científico y la aplicación de los conocimientos de nuestro tiempo a la formación de una norma moral objetiva y absoluta que regule las relaciones de los hombres en un sentido más armonioso, más bello, más humano, si pudiera decirse, que lo que ha sido hasta hoy la moral aplicada, forma el pensamiento capital que en la obra que estudiamos expone el profesor Nicolai.

El filósofo que a ratos es también un poeta, cree en la posibilidad de esta obra. Lo afirma valientemente en sus páginas prologales: «¡Yo creo en tal posibilidad!» (X). A esto, el escepticismo universal, no tiene ninguna respuesta.

«Cueste lo que cueste, es menester crear una nueva moral, más en consonancia con las perspectivas de nuestro tiempo», dice en la pág. 154. A este propósito tiende todos sus esfuerzos el profesor Nicolai; empeña para su realización toda su voluntad, todo su talento, toda su cultura. La experiencia de lo que nos traerá el porvenir sólo podrá comprobar la realización de este intento, o servirá para acentuar más aún la hermosura de un ensueño.—Abel Valdés A.

EDMOND GLOBOT. El lenguaje filosófico. «El vocabulario filosófico». Traducción de Francisco Sussanna. Barcelona.

mación, las lindes de un vocabulario estrictamente filosófico. Claro que si no hay modo de trazar esas lindes, en cambio es posible reducirse a determinados vocablos, los más usuales en filosofía, a fin de evitar confusiones en el profano. Términos filosóficos existen; a tal punto, que es posible agrupar, y ello ya se ha hecho, el léxico de los grandes filósofos. Pero de que existan términos filosóficos no puede deducirse que la filosofía tenga un lenguaje propio y como artificial, cuyo vocabulario nos sea tan extraño como el de una lengua forastera. Precisamente es la filosofía la ciencia que más necesita de elasticidad y flexibilidad en su lenguaje. Abarcando la filosofía la esencia de las cosas, requiere los términos especiales, pero también los generales; requiere los términos generales, pero también los términos vagos, sólo valiosos o expresivos por su colocación en el texto.

Edmond Globot ha huido de hacer en su «Vocabulario filosófico» un estudio histórico a la manera del «Philosophisches Wörterbuch», por Eisler; ni ha pretendido hacer el vocabulario de cada uno de los grandes filósofos. Teniendo en cuenta en su formación el

«Lexique philosophique», de Bertrand, «nos otros—dice Edmond Globot—no nos hemos ocupado sino del lenguaje filosófico contemporáneo. No hemos mencionado, entre los vocablos de Aristóteles, de Espinosa, de Kant, sino aquéllos que están todavía en uso, y si a veces hemos trazado la historia de una palabra, es porque este medio nos pareció el más indicado para hacer comprender su presente significado».

La utilidad del libro de Edmond Globot consiste de una parte en transcribir aquellas palabras usuales en la filosofía moderna, de otra, en deshacer el equívoco a que se prestan vocablos de uso cotidiano, pero que poseen en filosofía un significado muy preciso, cuando no distinto, al que comúnmente se les da. En la nota preliminar que precede a esta excelente edición de Editorial Apolo, se hacen unas observaciones atinadísimas sobre la necesidad de un vocabulario como el presente: «Surgen, pues, por doquier las cuestiones filosóficas, y con ellas, el lenguaje especial que los filósofos han debido crear para su uso. Ora se trata de términos técnicos, derivados del griego; ora se trata de vocablos de la lengua común, «sensación», «memoria», «razón», «verdad», «deber...», «libertad», etc., tomado en un sentido determinado, y estos últimos son generalmente los más embarazosos. Médicos, abogados, artistas, políticos, comerciantes, hacen filosofía, aun a pesar suyo, aun sin saberlo, y es necesario comprender el lenguaje filosófico hasta para leer el diario».

SADY ZANARTU. La literatura chilena es pobre en novelas nortinas. Puede sin hipébole decirse que casi toda esa vasta y rica región se halla virgen en nuestra literatura imaginativa.

Hay dos o tres libros que constituyen una excepción. Entre éstos se destaca la novela «Carnalavaca», de Andrés Garafulic, cuya potente visión de las masas lo hace apto para emprender obras más extensas; y Honorio Henríquez Pérez, que pintó a Vallenar y sus costumbres en «Por la gloria de San Ambrosio».

Toca ahora completar este ciclo a Sady Zanartu, laborioso y tenaz artista que ha viajado mucho y ha obtenido una curiosa documentación sobre hombres y cosas de América.

Este escritor nació en Taltal y le tocó desenvolver su infancia en un mundo de ensueño y poesía en que los mineros relatan sus experiencias y las caravanas vuelven con noticias inciertas de lejanos derroteros y de alcances extraños. Este mundo original y poderoso de fantasía se gravó en las pupilas del novelista y hoy nos lo devuelve en un relato rico y coloreado; pero que tiene algunas vacilaciones que contrastan con firmes trazos y siluetas fulgurantes en que arde todo el viejo encanto del Chile minero que preocupó a Pérez Rosales, a Jotabeche, a Marcial González, a Sayago, a Concha y a otros escritores del pasado.

El minero chileno es un hombre imaginativo y poético, cuya sensibilidad es más rica y laboreada que la del agricultor que vive

muy apegado a la tierra sin conocer nunca los ensueños, las bizarrías y las peregrinaciones de los buscadores del desierto. En éste hay una compensación respecto a la sequedad creadora de las zonas agrícolas. Parece que como contraste con la aridez de la tierra nortina se ha desenvuelto en su seno una rica legión de palladores, cuentistas y rapsodas de las empresas mineras, de los dramas de la pampa y de las peregrinaciones en busca del oro, de la plata y del cobre.

Zafartu presenta ahora un relato que es novedoso en nuestras letras. Late en él un sentido oculto y esotérico. Es como la voz en sordina de las viejas consejas criollas que se animan con el rescoldo de los campamentos. Pasan por sus páginas sombras familiares y empapadas de chilénidad. Taita Berna, el ermitaño, es una verdadera creación del novelista y vivirá junto a otros grandes tipos criollos de las letras nacionales, con el Neira de Díaz Garcés, con el piloto Oyarzo y el Moñi de Latorre, con el Aliste de González Vera, con los recios aventureros de Manuel Rojas.

En «Llampo Brujo» hay recuerdos de la infancia y entre su bruma se perfilan incontables y delicadas figuras. El novelista ha ganado en estilo, en liviana armonía de lenguaje, en el trazo amable y grácil de las estampas. No queda nada de la reciedumbre, en ocasiones pesada, de su relato «La sombra del corredor».

También ha progresado el escritor en las descripciones. Sus paisajes, son suaves y no apesadumbran el giro de los relatos aislados que como un mosaico de suaves tonos, forma el libro. En este el ritmo general es poético y tranquilo, pero el sentido crítico de Zafartu tal vez le ha indicado que eso es insuficiente. Entonces advertimos un jadeo de forzado realismo en algunas escenas que desentonan en el conjunto.

Zafartu no ha adquirido aun esa maestría técnica que lleva a la perfección novelesca. Muchos de sus cuadros dan la idea de meros bocetos, de dibujos destinados más tarde a la confección de un trabajo más perfecto. Pero esto no disminuye su fervor de evocación, su fina melancolía de cepa legítima, con aromas de ensueño y de leyenda, ni sus expresiones felices y cautivadoras. Por ejemplo, habla del «sarcófago de los cerros». Habla también por ahí de unas copas «largas como calabambres». Son frecuentes en Zafartu tales aciertos expresivos. Es quizá uno de los novelistas criollos más cuidadosos de su trabajo. Otros lo ganan en honduras o en técnica, pero pocos consiguen llevar delicadamente al lector a esas sendas poco trilladas en que él camina con pericia de baqueano.

Abundan en «Llampo Brujo» los éxitos de evocación y de estilo, pero sus defectos revelan cierta frialdad característica en el autor y que se hace más notable cuando se le conoce. No significa esto decir que no haya cordialidad en Zafartu. Por el contrario es un hombre muy gentil y amistoso. Lo que deseamos significar es que por su carácter de investigador, por la raigambre erudita de sus trabajos y de su estilo, Zafartu se ha alejado de las grandes pasiones que conmueven

y agitan al hombre. Desde luego en «Llampo Brujo» se echan de menos los grandes tipos femeninos y el amor. Están admirables esos personajes romanceros y simpáticos que se llaman No Chureja y Taita Berna. Las hembras son secundarias y quedan arrinconadas en el recuerdo cuando notamos la cálida seducción de estos memorables tipos.

«Llampo Brujo», no obstante los reparos indicados, es el mejor de los libros novelescos publicados en el último tiempo. Zafartu, con poco más de avance en la técnica y abandonando algo el lazarillo del recuerdo escrito y del documento, puede darnos obras definitivas. Para ello está dotado de una fina sensibilidad artística y de condiciones estilísticas nada de comunes en Chile.—Ricardo A. Latcham.

ERICH STERN. ¿Qué se entiende por educabilidad difícil? No son por lo común muy profundas las dificultades normales con que topa la educación. Unas veces no es más sino que el niño se opone por

incomprensión a medidas educativas que considera injustas o contrarias a sus deseos de momento; en ocasiones son incidentes fortuitos, hijos del cansancio del niño; otras veces tales resistencias sólo se manifiestan ante determinado educador, al paso que con los demás el mismo niño es en extremo dócil y obediente. Mas todas estas dificultades en la labor educativa son tan normales como frecuentes, y jamás conducen a una paralización ni a una anulación social del niño. Bajo el nombre de «educabilidad difícil» se comprende una más grave perturbación en la conducta del educando. Ya no se trata de las normales dificultades de la educación, ni tampoco de la resistencia del niño contra ésta o contra sus educadores. «La resistencia no es en este caso pasajera, sino permanente; deja huellas en el niño, trae consigo una transformación en la estructura de su carácter y produce efectos posteriores de negligencia e inutilidad social y consecuencias perniciosas para las relaciones entre el niño y el mundo que le rodea». Pero a la vez puede afirmarse que no hay una marcada diferencia, una línea concreta divisoria, entre la educabilidad difícil y las dificultades de educación que a diario se presentan. Hay entre los dos fenómenos matices indefinidos que no permiten fijar a las claras dónde acaba el uno y dónde comienza el otro.

Hasta hace muy poco no se ha estudiado a fondo el problema de la educación de los niños difíciles. Ello no quiere decir que no se conociese propiamente el problema y que no se hubiese chocado con las manifestaciones del mismo, muchas de las cuales, las más importantes y caracterizadas, se estudian en este libro de Stern. Lo que acontecía entonces distaba, sin embargo, de dar categoría de problema a la cuestión fundamental. Se reconocía la existencia de niños y adolescentes «traviesos, malos, negligentes»; «pero allí terminaba en resumen todo el interés que

inspiraban estos educandos, a los que sólo se trataba de corregir por el castigo». Han sido la psicología y la psicopatología modernas quienes han hecho luz sobre el problema, investigando esforzadamente en la naturaleza infantil.

Las anteriores palabras, resumen de la introducción a este interesante manual, «Anormalidades mentales y educabilidad difícil de niños y jóvenes», tan correctamente traducido por los señores Chleusbairgue y Calero, creemos puntualizan el valor educativo de las páginas de Stern. En ellas se atiende primeramente a señalar los conceptos fundamentales sobre la constitución y el temperamento del niño y las causas (debilidad mental, psicopatías, psicosis, ambiente, herencia, etc.), de la educabilidad difícil. Un sentido estrictamente pedagógico, que hace de este libro una obra utilísima a padres y maestros, posee la tercera parte del libro de Stern. Se trata en ella de las formas de la educabilidad difícil y de las muy diversas anomalías de los niños. En ninguna cuestión el autor se pronuncia por esta o aquella teoría limitándose con loable imparcialidad a señalar los distintos puntos de vista. Junto a este criterio objetivo debemos señalar con aplauso asimismo la claridad del texto, su gran sencillez, que lo hace apto para toda suerte de públicos.

TERRA DI DIO,
novela de Orazio
Pedrazzi.

Al doblar la última página de la novela que acaba de publicar el ilustre escritor representante de Italia en Chile, Excmo. señor Orazio Pedrazzi, con el título de «Terra di Dio» (Editor Mondadori, Milán), quisiéramos poder definir el encanto que nos ha retenido por horas sin poder soltar el libro. Mezcla del interés novelesco, de los caracteres, de las pasiones profundas, de la espiritualidad, del estilo elegante, de la lengua bellísima, hay en la obra del señor Pedrazzi una sugestión intensa que se apodera del lector y lo convence.

Es libro de artista literario refinado, de viajero por tierras exóticas, de diplomático situado en observatorios eminentes de las razas y los movimientos de ideas de su tiempo, de patriota italiano, enamorado de su tierra y con el alma abierta a la fe en la grandeza italiana y a la inmortalidad latina asegurada a los pueblos que la madre Roma engendró en su vigorosa juventud.

Sus tres partes son como los movimientos de las sinfonías clásicas. En la primera vivimos la violenta existencia de un pueblo eslavo en la hora de su revuelta contra los dominadores seculares; en la segunda hay como un remanso en la acción y en las pasiones de los personajes: bajo el blando influjo del suelo, del cielo y del ambiente moral de Italia; y la tercera se pierde en una elevación espiritual, bella como un salmo, humana como una narración bíblica, en que las almas se abren a esperanzas capaces de aliviar los golpes de la áspera jornada de la vida en un período histórico sin muchas consolaciones y con abundantes sacudidas penosas.

Praga ha sido para este diplomático sin

protocolos rígidos y con talento ágil una de las etapas favoritas de la carrera. Le ha consagrado un pequeño libro delicioso que acaba de traducir al español el escritor chileno Lautaro García (Editor Nascimento). Y en esta novela la elige como teatro de su primera parte y la describe en unas cuantas escenas de una maravillosa potencia evocadora, de esas que sólo hacen los artistas cuando poseen, además de su fino sentido estético, una enorme cultura general de historia, de política, de sociología. Y cada día es más cierto que la novela moderna no la puede escribir el simple intuitivo, sino el que además de su sensibilidad artística tiene conocimientos de todo orden.

Pocos personajes principales. Masas humanas, pueblos, razas, multitudes se mueven en torno suyo y hacen el coro poderoso: Una figura central de mujer tan maravillosamente estudiada, tan real en su exaltación pasional exótica para nosotros, hijos de la equilibrada Europa de Occidente, tan alta en su encarnación del alma implacable de la raza eslava, que a ratos parece un símbolo más que una simple creatura.

Es una mujer de pasiones desenfundadas en que amor y odio son iguales en la intensidad. Mujer que pasará de la sensualidad atrevida, casi diríamos pura en su franqueza y naturalismo crudo, a un misticismo en que el arrepentimiento, la contricción, el deseo de reparar y de pagar el mal hecho en los días de locura, llegarán al martirio.

«La avalancha» se titula la primera parte de la novela del señor Pedrazzi. Avalancha es la mujer que en ella se nos presenta viva y verdadera; avalancha es la que la burguesía checoslovaca ha dejado caer sobre la nobleza austriaca, su amo de siglos; avalancha irresistible la pasión que Paolo, el diplomático italiano, concibe por aquella bohemia bellísima, la terrible Vlasta, la mujer que cuando quiere un hombre, cuando pone sobre él sus miradas cargadas de deseo, no sabe de obstáculos, no tiene miramientos, no emplea hipocresías, y como un ser primitivo se arroja sobre él, lo envuelve, lo arrastra, lo hace suyo.

¡Ay del que resiste como el noble austriaco Walter que huye de ella, porque es encarnación del mal, representante de una raza inferior, instrumento de los nuevos amos del país que lo empobrecen, lo persiguen, lo arruinan! El amor de Vlasta es tiránico, pero su odio, fruto de su amor desdefiado y forma nueva de su deseo sensual, lo habrá de buscar como una Furia antigua hasta aniquilarlo.

Los dos hombres que Vlasta desea sucesivamente son amigos. El austriaco, venciendo su propio instinto, escapa al círculo mágico. El italiano cae a sus pies vencido por la belleza y por el encanto diabólico. Pero este paisano equilibrado y que lleva sobre sí la herencia de siglos de cultura, despierta del sueño de amor cuando la sabe cruel, bárbara, terrible en su persecución del otro, del austriaco que la ha desdefiado. Los dos hombres se encaran unidos por su amistad leal; Paolo, todavía con el sabor de los besos de la eslava en sus labios que ya amarga la conciencia del mal que aquella mujer hace en

torno suyo, obligado por su carrera, sale de Praga en una de las escenas más dramáticas de la novela.

La segunda parte se titula «La Sosta», que podría traducirse por el alto, el descanso, la tregua. Y es un período de alivio del alma de Paolo Nomade en su hogar de Torre del Lago cerca de Pisa. Todo lo cura allí de la pasión salvaje, y de la seducción de la esclava, del vínculo sensual enredado en su alma como esos perfumes pesados y deliciosos que parecen adherir a nuestra piel y que todas las aguas no logran disolver: la madre santa, la joven amiga de la primera juventud, carácter exquisito de la nueva joven italiana, cultísima y femenina en toda la dulce significación de esta palabra latina, el paisaje amable y adormecedor, los testimonios de la grandeza de la raza y sus tradiciones gloriosas, la sensación que el diplomático no había recibido aun de una Italia que resurge otra vez con los pies firmes sobre su pasado milenario y el rostro vuelto hacia destinos maravillosos. Y el amor de la amiga de infancia se sustituye dulcemente, sin sentirlo, como obra de todos los factores, como expresión de todos los deberes y como purificación final para una vida más serena y más limpia.

La tercera parte los lleva a la Tierra de Dios. Paolo ha sido enviado en misión a Jerusalén. Es la hora de las disputas sangrientas entre árabes y judíos (1930), el choque de las religiones cristiana, mahometana y hebraica, más rudo en aquel rincón del mundo que en parte alguna y agravado por la autoridad inglesa y por las dificultades entre las potencias europeas rivales. La Tierra Santa con sus recuerdos cristianos, con sus huellas grandiosas de las Cruzadas, sus misioneros italianos de la célebre Custodia, despierta en Paolo ese sentido de raza que es la salvación de un hombre, como lo es de un pueblo, cuando tiene la fortuna de poseerlo, sentido en que la historia y la religión se enredan y forman una sola cosa.

El austriaco Walter, orgulloso en su desgracia, arruinado por el odio de Vlasta, expulsado en sus tierras confiscadas, después de quemar, como el Conde de Benavente, su castillo, que la trágica mujer ha logrado adquirir, se gana la vida con lo que antes fué su hobby o pasatiempo y forma parte de una misión arqueológica americana que excava las orillas del Mar Muerto.

El libro del señor Pedrazzi se precipita en una acción dramática imposible de resumir, Beduinos que asaltan la misión del Mar Muerto, como realmente ha ocurrido ya varias veces; llegada de Vlasta que, perseguida por su remordimiento, vagabunda por el Asia y otros remotos parajes, comprende al fin que ella sólo ha amado a un hombre y sólo a uno ha deseado, a Walter, el que la desdén, y a éste lo ha torturado, lo ha privado de sus bienes, de su patria, de su vida casi. La transformación de la furia eslava, comenzada la noche del incendio voluntario del castillo, prosigue en esta carrera loca por los mares y los continentes. Y un día llega a Tierra Santa en busca de ese hombre adorado, para pedirle perdón, para morir, si es preciso, a su lado.

Hay en esta parte del libro un estremeci-

miento doloroso de pasión y una aspiración espiritual sublime, a un tiempo amor humano de los sentidos y amor purificado por el sufrimiento. Los paisajes pasan rápidos como fondos de un sueño: el Mar Muerto trágico y siniestro; Jerusalén evocadora y siempre signo de contradicción de las conciencias; el huerto de Getsemaní, supremo sitio del dolor y fuente suprema de consuelos; el Carmelo apacible y acogedor como la Virgen Madre. Razas exaltadas por el fanatismo y por el instinto nacional se estrellan traidoras y crueles; bandas de árabes agitan en el aire sus banderas verde y rojo y concentran en torno de la tumba de un profeta sus huestes capaces de arrasar la tierra caldeada y borrar de ella a sus enemigos; hebreos pacíficos y empujados en reconstituir a Sion, aplican al suelo ingrato sus métodos modernos; ingleses preocupados de la política internacional y de los efectos sobre sus colonias, procuran guardar el orden sin violentar mucho a nadie; peregrinos de todo el mundo caen de rodillas ante el Santo Sepulcro, siguen las huellas de la Pasión y van a pasar la noche del Viernes Santo en el Huerto de la agonía de sangre.

Y allí muere Vlasta, soberbia en su pasión, perdonada, y más que perdonada, amada con el amor más fuerte que la muerte, con el último beso, que es también el primero del hombre perseguido con deseo y con odio, con sensualidad ardiente y con dolor agudo.

Es una novela grande por los personajes, por las pasiones, por lo que proyecta sobre ideas y sucesos de nuestro tiempo, por la verdad realista de los caracteres y situaciones, por la espiritualidad nobilísima que se desprende de cada página.

Envidiable suerte la de un artista literario como el señor Orazio Pedrazzi, que mientras sirve hábilmente a su patria y la da a conocer y le crea amistades y admiraciones y atiende sus intereses, recibe esta impresión fuerte y bella de cuanto le rodea y puede crear obra de arte en medio de la agitación de los viajes y de la diplomacia.—C. Silva Vildósola.

PEREZ ROSALES, Cuando don Emilio Rodríguez Mendoza terminaba de corregir los originales de «La América Bárbara», fui-

mos a visitarlo en su ya antigua residencia de la calle Baquedano. Casi toda la vida del escritor, interrumpida aquí y allá por sus fecundas andanzas diplomáticas, se ha desarrollado en esa casa, modesta de apariencia, siempre silenciosa y que oculta en su intimidad las espléndidas muestras de una pasión nobilísima, de gran señor, la del coleccionista inteligente. Recordamos todavía la visita y la magnífica hospitalidad que nos dispensó el hombre de letras. Aquella tarde el señor Rodríguez Mendoza accedió a leernos diversos trozos del libro que luego entregaría a las prensas: cierto cuadro, vigoroso y dantesco, sobre los «mazorqueros» de Rosas y todo el estudio en que describe la admirable trayectoria humana de García Moreno. Enamorado de su obra y justamente satisfecho de su la-

bor, el memorialista lefa con vehemencia, animando de nuevo la ya animada prosa de sus páginas inimitables. Cada cierto tiempo suspendía la lectura para hacer tal o cual corrección. Una corrección insignificante y breve. Encima de su escritorio, junto a la carpeta en que reposaban los originales, podían verse dos o tres lápices de varios colores, rojo, azul, negro; una modernísima pluma fuente, una lapicera común de todas las épocas y tal vez alguna péfola legendaria... Indistintamente, sin vacilar, tomaba el autor cualesquiera de estos instrumentos y borraba, corregía o agregaba, según los casos. A veces, era apenas un enérgico trazo el que estainpaba, como señal luminosa, al margen de lo escrito.

Esta visión del hombre que corrige con toda clase de utensilios, lápices gruesos y delgados, negros o de color, plumas, plumas-fuentes, corresponde, sin duda, a la visión del hombre que también escribe con toda clase de utensilios.

El estilo del señor Rodríguez Mendoza, por la fuerza expresiva del concepto y el abundante color de sus imágenes, se nos imagina todo hecho de incrustaciones y tiene mucho de la brillante espontaneidad del conversador pintoresco, libre y audaz. Una sola cosa parece interesarle al brioso y franco memorialista de «Como si fuera ayer»: la vida, y no puede negarse que en cualesquiera de sus trozos, cuando se entrega al tono más familiar o se eleva al más puro acento emotivo, es la vida desordenada, tumultuosa y cambiante, la que surge a través del mosaico de sus vibrantes sensaciones. El paisaje, las almas, los hechos, hasta los sentimientos del propio memorialista, todo adquiere allí una fisonomía particular y una expresión inconfundible.

En su libro sobre Pérez Rosales, la representación de la época colonial, a pesar de la insistencia de ciertos colores poco gratos, nos parece superior a la interpretación del personaje mismo. Es preciso advertir que el autor confiesa que sólo le interesan «los años desgarrados de la lucha, la aventura y la exploración» en la rica e inquieta existencia de quien escribiera los «Recuerdos del pasado». Considera especialmente el período del hombre de acción incesante y sólo en ese hermoso capítulo final que se llama «la sentencia plutarquiiana» se decide el señor Rodríguez Mendoza a mirarlo en conjunto y escribe esta bella y emotiva página: «El viejo patricio no sentía los años ese día (entrada de Baquedano a Santiago), y saludaba con las manos temblorosas, sin sospechar que el triunfo traería fatalmente el fin del período cimentado en la Carta del año treinta y tres, porque la opulencia repentina ratificaría la pavorosa admoción plutarquiiana: «La decadencia del estado espartano se remonta a la época de la victoria... Cuando la posesión de la riqueza provocó la ambición y la codicia; cuando los goces materiales engendraron la vida de desenfreno, el afeminamiento y el amor al lujo, Esparta perdió sus virtudes».

«En realidad, el noble anciano presenciaba sin saberlo el paso de los años estampados en sus «Recuerdos» hacia una época vacilante y confusa. Pero el viejo patriota no alcanza-

ría a sentir el dolor producido por la inquietud del porvenir, y a pesar del marasmo progresivo de la parálisis, ante sus ojos continuaba reapareciendo a jirones su larga vida, que era la del país; la casona de comienzos del siglo; el Conde de la Conquista con su casaca y su carroza; don Juan José con su sable y don Luis con su morrión; el silencio de Rancagua; los desmanes de San Bruno; luego el sarao esplendoroso después de Chacabuco; lord Spencer; los veinte años y la Malibrán; Chafarillo y sus vetarrones de plata; California y sus pepas de oro; la región de los lagos y las brumas; Pichi-Juan y las ciudades fundadas a la vera de las rías, de nuevo Europa; luego la intendencia, el Senado patricio; la guerra; el triunfo; Baquedano impasible al frente de la columna vencedora...

«¡Hermosa vida!»

Se comprende que el maravilloso destino de Pérez Rosales haya tentado a la pluma evocadora del señor Rodríguez Mendoza. Tienen entre sí, el autor y su modelo, algunos puntos de contacto y más de un lazo que los une a través del tiempo. Ambos son inmemorialistas y se entregan a la fiesta alucinante de los recuerdos; clásico, elegante y armonioso en su lenguaje, finamente irónico en sus observaciones el primero; personal y atrabiliario el segundo, escribe tal como conversa, habla fuerte, se rie sonoramente y no rehuye ni el vocablo inverecundo ni el neologismo tentador. Ambos aman a Chile y, a pesar de sus correrías por países extraños, vuelven al terruño enamorados de lo propio, de lo nuestro, y conservan toda su fe en los destinos de este pueblo. Y si Pérez Rosales, por su cultura y sus conocimientos humanísticos, era en su época como un «trasplantado» a la inversa en nuestro ambiente, su chilenedad, en el orden psicológico, es bien de esta tierra y llega a confundirse con la mejor esencia de la raza. Prototipo del viejo chileno, con sus virtudes, su patriotismo, su espíritu trashumante, su visión del futuro y sus sueños de grandeza... nunca alcanzados en plenitud. Así, de estas páginas, en que alternan la facultad creadora del novelista y el don de improvisación del periodista, surge la sombra augusta y animadora de ese hombre casi único en nuestra historia que, junto con ser tan excelente escritor, aventurero y artista, demostró notable sentido práctico. No supo utilizarlo, es cierto, en sus propias empresas, pero en cambio, le permitió servir a la República durante la época de su formación.—M. V.

**ATALIVA HERRE-
RA.** «Bamba»,
poema de Córdoba
colonial. Buenos
Aires.

Bien merece señarse como un acontecimiento y marcarse con piedra blanca —albo lapillo— la aparición de un poema

épico en lengua castellana, que esto y no menos aspira a ser el «Bamba» de Ataliva Herrera. Y si en alguna ocasión puede decirse con verdad aquello de «in magnis voluisse satis», esa ocasión es la presente. Herrera ha querido reconstruir en este poema con veneración y ternura la vida entera de Córdoba colonial o Córdoba de Tucumán, como antaño se decía en España. Para ello recoge las

leyendas, creencias, usos, costumbres y hasta supersticiones de la ciudad fundada en 1573 por Jerónimo de Cabrera, les da aliento y vida y las une como elementos integrantes de una narración de cierta grandeza. Pero el poeta no se limita a cantar todas las grandezas de la ciudad docta, de la ciudad beata, docta por su Universidad, beata por su Catedral, sus numerosos templos y sus muchos monasterios de religiosos de ambos sexos, sino que canta también y aun principalmente la grandeza bravía de las sierras cordobesas con sus pumas, jaguares y ampalaguas, sus condadores y sus cardenales y su variada flora, de la cual tenía el poeta la flor del lirio. Hay para jugar un papel importante en la narración.

Precisamente el poema se presenta en gran parte como una exaltación de la vida agreste. Bamba, negro o mulato, vive en Córdoba, en casa del regidor don Juan de Allende, y se apasiona de la hija de éste, de la amita María Magdalena. Devorado por los celos, mata a un primo de Magdalena, Gaspar Quintana, que acababa de recibir el grado de doctor en la Universidad, y que también amaba a aquélla. Huye a los bosques, y después de haber dado muerte a un jaguar, sigue vida montañesa. Empujado por su amor, vuelve a Córdoba, toma parte en la gran procesión de Viernes Santo y la misma noche rapta a Magdalena, a la cual lleva desvanecida a las montañas. Viven muchos años en una cueva como reyes de los bosques, y tienen hijos, entre los cuales dos Caínes matan a un Abel y huyen: El valeroso Bamba muere por un descuido de Magdalena, mientras recoge en un precipicio pollos de loro. Es descubierta la cueva de Magdalena y llevada ésta a Córdoba; su anciano padre muere al abrazarla. Poco después muere también Magdalena, o mejor dicho, se convierte en una avejilla, la monjita en pena, que algún día del todo purificada subirá al reino de las almas; entonces tocarán a gloria en Córdoba, la ciudad de las campanas.

Esté sencillo resumen basta para demostrar que el asunto no tiene la grandeza indispensable para un poema épico, ni se le puede dar el autor, a pesar de haber recogido con esmero todos los rumores de la Historia y de la leyenda cordobesas. Hasta creemos que podía haber sacado más partido de la situación moral en que se encuentra en los bosques Magdalena, hasta entonces pura y piadosa. Bamba vende su alma al diablo y, sin embargo, no aparecen las consecuencias de tal venta. De todos modos, Ataliva Herrera es poeta y gran poeta. No es extraño que en esta ingente masa de versos los haya flojos, prosaicos y alguno—rarísimo—de positivo mal gusto. Pero los buenos abundan; aunque rara vez llegue el autor a la alta inspiración.

El Vocabulario tiene, al parecer, demasiado color local y algo análogo puede decirse de todo el poema. Herrera ha prescindido de la octava real, característica de la épica castellana; emplea estrofas de cinco versos endecasílabos con variedad de rimas. No hemos de omitir que la inspiración del poema es cristiana, como cristianísima es Córdoba; Herrera escribe imitando al salmista de la elegía babilónica:

Si reniegas tu fe, queme en la pira,
Cabrera el fundador tu nombre ardiente.

ANDRES CALZADA. *Historia de la arquitectura española.* Biblioteca de iniciación Cultural. Con 99 figuras en el texto y 38 láminas. Madrid.

¿Existió realmente una arquitectura española? La pregunta parece de suyo irreverente para tanta obra artística de arquitectura como han depositado los siglos en el corazón de nuestras ciudades.

«A primera vista se percibe—dice don Andrés Calzada—que no ha creado España ninguno de los grandes estilos históricos». Pero si España no ha creado ninguno de los grandes estilos históricos, el genio indígena ha logrado aclimatar y convertir en substancia propia los estilos exóticos. «Y esa adaptación—agrega el señor Calzada—se manifiesta contradictoria; de una parte, apejada a las rudezas y rutinas del arcaísmo; de otra, con brío individualista e inventiva refractaria de sutilezas». Los dos grandes momentos genuinamente creadores de nuestra arquitectura coinciden: con circunstancias singulares de nuestra historia: el primero de aquellos momentos («esplendor de alba», según expresión del autor) es, a fines del siglo XV, cuando España crea un arte entre gótico, musulmán y renacentista, verdadero lazo de paz entre tendencias tan dispares; el segundo, en el siglo XVII, produce el anhelo de superación del barroco». ¿Y cómo no hablar, pues, de arquitectura española, genuinamente española, si es la arquitectura una de las dimensiones más evidentes de una cultura?

A estudiar esta dimensión, tan diversa en nuestro país, se consagra este libro de don Andrés Calzada. Dedicada el autor el primer capítulo de su obra a la arquitectura ibérica, a los atisbos hispánicos en las construcciones romanas y a la arquitectura visigoda. Entrando en la arquitectura del califato de Córdoba y sus hijuelas, expone el señor Calzada las características de la arquitectura cordobesa y la arquitectura mozárabe, así como la expansión del arte cordobés en Francia y en el norte de África.

El ansia europea por manumitirse del islamismo surge en las breñas pirenaicas. Así aparece el europeísmo en las arquitecturas prerrománicas; singularmente en Asturias, cuyo esplendor arquitectónico se da con Ramiro I. Obras maestras en su sencillez son Santa María de Naranco, San Miguel de Lino y Santa Cristina de Lena.

El señor Calzada examina a continuación las taifas y el arte africano, para entrar después en la arquitectura románica, cuyas singulares manifestaciones señala, particularmente en Levante. El gótico de transición y el gótico puro, el mudéjarismo en Castilla la Vieja, Toledo, Andalucía, Extremadura, Aragón, Levante, América; la arquitectura florida y el estilo nacional de Isabel, hallan en estas páginas cumplida exposición, aclaraciones pertinentes y enjuiciamiento certero. Lo mismo podemos afirmar de los capítulos de esta obra dedicados al Renacimiento, el purismo grecorromano, la contrarre-

forma herreriana, el barroco, el neoclasicismo y las últimas manifestaciones arquitectónicas del siglo XIX.

El libro de don Andrés Calzada es un excelente compendio de la historia de nuestra arquitectura. Ilustrada esta obra con 99 figuras y 38 láminas, su parte gráfica, pulcramente impresa, aclara convenientemente las explicaciones del profesor.

WALTER MULLER. «Das Problem der Grundrente in der neueren Literatur der Sozialökonomie». Leipzig.

El título de este libro ya define con bastante claridad el tema del estudio: se trata de un problema bien delimitado de las conciencias económicas; a saber, de la renta de tierra. El autor investiga el sinnúmero de opiniones de cuantos sabios dedican su interés a esta cuestión, oponiéndolas y comparándolas con el fin de sacar de esta maraña de doctrinas algunas teorías de renta, típicas; es decir, resumiendo cada vez doctrinas de criterios parecidos.

En la primera parte del trabajo, o sea la introducción, «El desenvolvimiento histórico de la teoría de la renta de tierra», el autor llega como resultado a los tres tipos principales: teoría diferencial, teoría de precio, teoría de explotación. La segunda parte, o sea la propia investigación de la literatura moderna relativa a este asunto, persigue el desarrollo de dichas teorías fundamentales añadiendo otras más modernas, siempre en el plan de buscar entre todas ellas las relaciones doctrinales y a la par históricas.

Es, por tanto, un minucioso trabajo sobre una materia bastante complicada por el inmenso número de puntos de vista y de partida posibles, empleados todos éstos también en los distintos eruditos, que investigaron e interpretaron aquel fenómeno económico. Como mérito principal queremos destacar, por lo tanto, precisamente el intento de fundar un orden sistemático en ese caos de doctrinas. Claro está que se trata de un trabajo puramente teórico, dejando por completo a un lado las cuestiones prácticas. Igualmente merece consideración la amplia lista de obras relativas a dicho problema, las que han servido al autor de base para su averiguación.—**Heinz Winkler.**

CARLOS MARX. Cualquiera que sea la postura que se adopte frente al marxismo, no podrán negarse a su ideación y mecanismo, importancia, trascendencia e influencia en la vida actual. Las luchas políticas y sociales cotidianas, por legítimas que sean, suelen empujarse por sus propios hontanares, sus teorías más puras, hasta reducir éstas a su triste caricatura. Así se comprende que hoy día, al menos por lo que respecta a España, decir marxismo o antimarxismo vale tanto para muchos como lucha angosta entre dos partidos de no otro contenido que su ambición de gobernar. Pero decir marxismo significa muchas cosas (entre ellas, como ha

dicho acertadamente un maestro, «la petrificación del ser en un ser unívocamente determinado de la historia humana, es decir el ser material de los medios de producción»...), y decir antimarxismo no es mero «cavernicolismo», sino conciencia individual. En la conciencia diaria, ambos términos pierden lo esencial, lo mejor de sí mismo, para contraerse a un esqueleto de egoísmo e intereses pequeños inmediatos.

Precisamente por esto nos parece de suma oportunidad la aparición española de «Trabajo, salario, capital y salario, precio y ganancia», por Carlos Marx. Están en este libro las conferencias y artículos de Marx sobre los temas que menciona el propio título de la obra. Se trata, pues, de una labor de investigación económica, sin disputa la más trascendente, por cuanto viene a demoler viejos conceptos económicos, a cuyo amparo se sostiene un orden social y político al parecer inmovible. ¡Qué lejos estamos aquí de la pedestre apreciación del marxismo!

Un magnífico prefacio de Federico Engels, fechado en Londres a 30 de Abril de 1891, expone con extraordinaria claridad las teorías del maestro en la presente obra. «La clase trabajadora—afirma Engels comentando a Marx—es la única que produce todos los valores, pues la palabra valor no es sino otra expresión para la voz trabajo; la expresión mediante la cual se designa en nuestra sociedad capitalista actual la cantidad de trabajo socialmente necesario incorporada a una mercancía determinada. Pero estos valores producidos por los obreros no pertenecen a los obreros. Pertenecen a los poseedores de las primeras materias, de las máquinas y herramientas y a los anticipadores de fondos, que les permiten comprar la fuerza de trabajo de la clase obrera».

Pero esta consideración de Engels, aunque sea en buena parte base de la teoría marxista, poco tiene que ver con lo substancial de la presente obra de Marx. Es ésta, como hemos dicho en un principio, un libro, ante todo, de economía. «Se nos ha reprochado—dice Carlos Marx—de diversos lados que no hemos expuesto las «relaciones económicas» que constituyen los fundamentos materiales de las actuales luchas de clase y nacionales». Pues bien: esta obra, tan perfectamente traducida por José Goicolea, es la explicación de aquellas relaciones o fundamentos económicos, según los cuales Marx concibe su genial ideación de la sociedad y del Estado.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIROZ y LUIS ARDILLA: «Criminología del campo andaluz: El bandolerismo». Madrid.

Es esta obra que acaba de publicarse una de las más interesantes del panorama bibliográfico actual. El gran penalista don Constancio Bernaldo de Quirós y el joven reportero y escritor don Luis Ardilla han llevado a efecto una loable y ardua tarea de investigación, condensando sus estudios sobre materia tan atrayente e inédita como la criminología del campo andaluz en un extenso volumen, que ofrece además la aportación de curiosos do-

cumentos gráficos. El tema del bandolerismo—que no había sido tratado hasta ahora más que a través de una literatura inconsistente, pintoresca y siempre plagada de inexactitudes—se nos muestra hoy en todo su vigor histórico y técnico. Los autores remontan a los tiempos de Coracotta y Materno, los famosos bandoleros béticos de los días de Augusto, para llegar hasta Flores Arrocha cuya gesta homicida en la serranía de Ronda reviste aun actualidad. Las figuras más destacadas de las dinastías de caballistas, secuestradores, cuatrosos, etc., tienen en las páginas del libro restauraciones cuidadosas e impecables, sobre la base de memorias y datos obtenidos directamente por los señores Bernado de Quirós y Ardilla después de difíciles campañas de investigación en las provincias andaluzas y en archivos y bibliotecas. Y así, Pedro Machuca, Diego, Corrientes, los Niños de Ecija, José María «el Tempranillo», etcétera, muestran su exacto perfil biográfico y real, tan distinto del falso prisma bajo el que los presentaron la ligereza y la carencia de noticias exactas de los novelistas por entregas del pasado siglo.

Entre las muchas características meritorias de la obra merece destacarse, sobre todo, la del más riguroso yerismo, tanto histórico como geográfico. Por otra parte, el complejo e importante estudio ha sido trazado por sus autores con arreglo a la técnica de la nueva criminología y atendiendo a la perspectiva de los problemas sociales más amplios y graves que le sirven de fondo. Termina el libro con un bosquejo de la transformación de la reacción criminal bandolera en la criminalidad social que a diario presenciamos últimamente, anunciando implícitamente, en este sentido, un ulterior y nuevo estudio que le servirá de pareja en el examen general de la delincuencia del campo andaluz, epígrafe genérico de la obra.

SOBRE ATENEA. Con el número de Agosto último, que leemos en Nosotros de Buenos Aires, acaba de llegar a nuestras manos, ATENEA, la excelente revista de

la Universidad de Concepción, en Chile, ha completado el centenario de apariciones: diez años recorridos en línea recta y ascendente; uno el propósito, uno su cumplimiento.

Guardar la serenidad en nuestras empresas de cultura; tener «el oído atento y el ojo avizor», como dijo el poeta; sortear las emboscadas tendidas por la novelaría, epidemia artera del medio hispano americano; afirmar la voluntad y mantener tensa la independencia, marcando, como la brújula, el norte inevitable, no es tarea liviana. Sabemos valorarla. ¡Cuántos ensayos abortaron por nacer con el vicio de conformación que implica el diletantismo!

ATENEA, cual su epónimo, encarna la inteligencia,—no digamos el petulante vocablo: sabiduría—por eso, sus esfuerzos siempre rindieron serios resultados: los cien números que llenan el transcurso de diez años, densos, reposados, aunque alertas, afirmativos de una cultura de la que, a la vez, han sido artesanos, hablan elevado lenguaje de

hechos. Han elaborado el fermento de un espíritu que cada día más constituye la esperanza de la humanidad: el de Hispano América. Y al establecer las dimensiones de ese espíritu no olvidaron los animadores de ATENEA que ellas encerraban: «amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad» y, antes de eso, «amor al suelo del país y a sus pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerzas en potencia, capaces de inmenso desarrollo».

ATENEA, en todo momento ha sido una publicación palpitante de vida, ágil, nerviosa, desprovista de dogmatismo y de pedantería. Su seriedad ha sido la de quienes por auscultar las horas tienen conciencia de lo trágico del tiempo: ser responsables entraña repudio de lo frívolo.

Enrique Molina y la flor de la inteligencia chilena—tan vasta, tan honda—han sido los sostenedores y propulsores de ATENEA. A ellos la satisfacción del triunfo, que hoy festejamos todos en estas dilatadas tierras, en las que uno es el idioma, uno el espíritu y uno el destino.

Por sobre el Ande nuestras manos, las de Nosotros, callosas del oficio, se tienden amigas y efusivas en la señalada efemérides.

EL CONFLICTO DEL CHACO A LA LUZ DE LA HISTORIA, por Xesús Nieto Peña y Ramiro de Sas-Murias.

Los libros de actualidad internacional tienen que ser editados oportunamente, con un fin encaminado a orientar al gran público en un tema tratado a fondo y de manera objetiva. Esto ha hecho la Editorial Cenit con la colaboración de los señores Nieto Peña y de Sas-Murias. El conflicto del Chaco tiene estado oficial en la Sociedad de Naciones y estado espiritual en el Mundo.

El libro está escrito con amabilidad, en un estilo sencillo y comprensivo para toda clase de lectores. Xesús Nieto Peña es un periodista de visión internacional, y Ramiro de Sas-Murias, un catedrático de Geografía que pone al servicio del interés público sus conocimientos sobre la materia. Periodismo y ciencia, unidos, tenían por fuerza que producir una obra notable.

Tratan el conflicto desde un plano de objetividad histórica, geográfica y diplomática. Las aportaciones documentales en el orden histórico son verdaderamente extraordinarias por lo que tienen de metódica y escrupulosa investigación, para fijar un punto de partida en el conocimiento exacto del origen del conflicto. Consisten esas aportaciones en un detallado estudio de las jurisdicciones primeras de Pizarro, Almagro y Mendoza y a las facultades de gobierno de las audiencias reales. Interesantísimo el capítulo sobre las instrucciones del emperador a La Gasca en Febrero de 1556 y las numerosas instrucciones de los virreyes. He aquí una instrucción que hizo el virrey don Martín Henríquez para el conde de Coruña:

«Y comenzando por lo más importante, digo que la mayor seguridad y fuerza que

tiene esta tierra es el virrey que la gobierna y la Real Audiencia; y lo que más puede sustentar esta fuerza es que sustenten ellos entre sí mucha conformidad y paz, y tras esto que traigan siempre tan sujeta la República, que ninguno se atreva con las cabezas a cosa que huela a desacato, so pena de castigo exemplar, como se ha fecho en algunos de mi tiempo, sin ruido».

Y esta otra: «Que el Estado de las Indias esté dividido de modo que lo temporal se corresponda con lo espiritual». Y las que se refieren a los «nuevos descubrimientos».

Posteriormente a estos detalles históricos los señores Nieto Pena y De Sas-Murias nos dan a conocer una monografía del Chaco en la que nos presenta el clima, la flora; los desiertos, la fauna, relieve vertical, hidrografía y de las tribus que poblaron la discutida provincia. Su tierra «maravillosamente abundante y fértil»; su clima «esencialmente tropical, con su época de lluvias torrenciales y su estación seca en que «las inmensas llanuras son recorridas por los pies furiosos del viento y donde la vegetación nace, el látigo del vendaval la cubre de gemidos y desesperaciones»; su flora, con una inmensa riqueza forestal próxima al río Paraguay, bosques seculares con cuarenta especies de maderas de superior calidad; además hay vastas extensiones cubiertas de gramíneas, altos pastos, inmensos pajonales, plantas de caña de azúcar, de arroz y maíz que representan una incalculable riqueza en agricultura; los caudalosos ríos el Paraguay y el Pilcomayo que le ponen a gran altura en el aspecto hidrográfico; y, por último, la clasificación de las tribus en diecisiete grupos, de los que hoy quedan muy pocos; pero allí habitaron los indios zanaucos, guarañocas y chamacocos del grupo chiquitano; luego los mabayás y payaguás; y en el litoral del segundo de los ríos, los temidos tobamatacos, tapielos y chorotis, y en el interior, los yanas y cholupis».

El Chaco Boreal se lo disputan el Paraguay y Bolivia con razones distintas: el sector boliviano, por ser objeto su posesión de vida o muerte, y el paraguay, por—según su tesis—ser de patriótica necesidad. Comienza a ser agudo el conflicto a fines de Julio del año 1930. Los autores afirman que del problema no es culpable ningún capitalismo. Y añaden:

«Es una explosión patriótica la creadora del conflicto. Una explosión de entusiasmo, de virilidad mal conducida. Si el Chaco es rico, si el río Paraguay, es necesario para la expansión comercial de un país mediterráneo, se comprende bien la disputa de los dos pueblos. Lanzar sugerencias de otra índole es envenenar la cuestión; es provocar odios injustos. Después de estudiar a fondo el conflicto del Chaco, la consecuencia es terminante: los dos pueblos luchan por el Chaco a la voz del patriotismo; no luchan, afortunadamente, por los intereses de Norteamérica o de sus aliados financieros».

La afirmación es halagüeña y confortadora si tenemos en cuenta la tradicional política absorbente de los Estados Unidos. Norteamérica ni entra ni sale en el problema, que, como el lector habrá observado, se contrae a

una exaltación del patriotismo de los dos países.

Los señores Nieto Pena y De Sas-Murias han enfocado el asunto con indudable imparcialidad histórica y diplomática. Aportan datos, hechos y antecedentes para que los lectores, en último caso, juzguen sobre quién puede discutir con derecho la posesión del Chaco Boreal, si el pueblo boliviano o el paraguayano.

Lo terrible y estéril—porque el rencor subsiste—es la guerra. Estamos con los intelectuales españoles cuando en Enero de 1933 afirmaban en su manifiesto: «Jamás la violencia ha resuelto bien un problema de Derecho». Cuando se enfría la exaltación patriótica, lo eficaz, lo humano es que triunfe la justicia y la razón.—Lázaro Somoza. Silva.

CICERON, por Alejandro Vicuña. Debe contarse en la velesca o, simplemente, animada, que se han publicado en Chile, esta vida de Marco Tulio Cicerón escrita por don Alejandro Vicuña. Cumplía al Director General de Bibliotecas y orador eminente, relacionado desde antiguo con los problemas políticos y hombre de vasta cultura, estudiar al padre de la elocuencia romana y salvador de la República, fuente de toda erudición humanística y manantial de enseñanzas cívicas.

No cualquier otro habría podido acometer la empresa.

Para ello requeríase, en primer término, el conocimiento del latín, idioma verdaderamente muerto por la pedagogía oficial, que prescinde lamentablemente de él; y en seguida, la familiaridad con los clásicos antiguos, el trato frecuente de los grandes maestros y la penetración de su espíritu.

Su formación eclesiástica ha dado al señor Pbro. Vicuña estas armas preciosas.

Así lo vemos entrar por la existencia del prócer «condenado desde niño a la sabiduría», con toda la soltura que da una amistad vieja. Lo toma desde sus orígenes oscuros y va siguiéndolo a través de su carrera ejemplar hasta su fin trágico. Es una gran novela y un gran trozo de historia lleno de irradiaciones universales. Cicerón tenía una personalidad múltiple que siempre nos interesa por algún lado y no es la menos apasionante la del político, director de acontecimientos trascendentales: hay también la del hombre privado que nos revelan límpidamente sus cartas, y el señor Vicuña ha sabido entrar en esa intimidad remota y hacérsola sensible. Tras el grande escritor y el maestro consumado, detrás del político y el sabio, el hombre aparece, con sus debilidades, sus afectos, sus rasgos que atraen la simpatía o provocan compasión. Detalles bien elegidos nos transportan a la época y por momentos, nos sentimos junto a un personaje de actualidad, que ha sufrido nuestras mismas inquietudes y al que no sentiríamos ninguna dificultad en dirigirle la palabra si lo encontráramos por la calle.

¡Ah! y ¡qué buenas luces podría darnos sobre algunas de las cuestiones que más nos dividen y preocupan! ¿Qué habría pensado, de la

decadencia de Occidente? ¿Y de la ebullición de las izquierdas en el mundo? Dan ganas de hacerle un reportaje.

Con el libro del señor Vicuña en la mano, tal vez no resultaría difícil.

Desde el punto de vista literario y como pura forma, creemos que esta obra debe clasificarse entre las de honrada divulgación, no para los exigentes ni exquisitos, sino para el gran público que desea ilustrarse. Los demás conocen, sin duda, la abundante literatura de todos los tiempos sobre el grande hombre y habrán podido frecuentarlo en excelente compañía.—Alone.

ROBERTO LEVILLIER. «Biografías de los conquistadores de la Argentina en el siglo XVI». Tucumán.

El libro que ahora publica, tan documentado e imparcial como todos los suyos, puede considerarse como un complemento de su «Nueva Crónica de la conquista del Tucumán». Contiene 40 interesantes biografías de otros tantos conquistadores del Tucumán, capitanes casi todos ellos. Prescinde de las biografías de los gobernadores, porque forman parte de la «Nueva Crónica». Y, tratándose de Levillier, no hace falta decir que las biografías están escritas con criterio verdaderamente histórico y con profundo estudio de cuantos documentos se han podido hallar hasta ahora. El hallazgo de nuevos documentos podrá, tal vez, completar más adelante algunas biografías. Sólo una vez desciende a la polémica para probar que el gobernador don Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba, no fué nombrado por Felipe II, sino por el virrey Toledo, y que fué suya la iniciativa de la fundación de Córdoba, en la cual debe ser considerado como precursor Francisco de Aguirre.

El ánimo se conforta al leer la obra de Levillier. Recuerda el principio que desde 1913 le ha guiado en sus investigaciones históricas; la conquista de América fué una: debemos, pues, reconstituir su integridad, y para no apartarnos de la unidad originaria, borrar las fronteras de los pueblos que actualmente la fragmentan. Aplicando este principio se han utilizado las fuentes de Charcas y Perú que han ilustrado muchísimo la primitiva historia de las actuales provincias nortefías de la Argentina. Y cuanto más se estudien las primitivas fuentes, más se desvanece la leyenda negra. Ellas prueban: primero, que los españoles fueron civilizadores y crearon pueblos sin cuidarse de que la tierra donde los asentaran tuviese oro; segundo, que gran número de ellos fueron personas cultas, de buen origen y de sentimientos cristianos; y tercero, que en la historia de la conquista americana no pueden hacerse afirmaciones radicales, porque hay que distinguir época y lugares. En las primeras expediciones hubo, sin duda, crueldad; pero, desde que el conquistador se convirtió en poblador, es decir,

desde la gran empresa de Cortés, la conducta de los españoles con los indios cambió por completo.

Los 40 conquistadores cuyas biografías publica Levillier, fueron, en general, nobles, instruidos, humanitarios y cristianos. No buscaron en el Tucumán minas, que no existían; fundaron las ciudades con propósitos estratégicos y civilizadores. Y las mantuvieron con heroica constancia, porque, destruidas varias veces por los indios, las volvieron a construir hasta lograr que arraigaran. Barco, Cañete, Londres, Córdoba de Calchaquí, San Francisco de Alava y otras muchas ciudades fueron destruidas, mas no por eso cesaron los españoles. Uno de los conquistadores, Toledo Pimentel, estaba emparentado con la casa de Alba; otro, Tristán de Tejada, llevaba en parte la misma sangre de Santa Teresa, y no dejan de evanescerse de ello los cordobeses de hoy, como el poeta Herrera.

Abundan en las biografías los rasgos cristianos y patrióticos. Uno de los conquistadores más simpáticos, don Lorenzo Suárez de Figueroa, brazo derecho de Cabrera en la fundación de Córdoba, se arruinó en el gobierno de Santa Cruz de la Sierra y presentó por ello la dimisión de su cargo, que la Audiencia de Charcas se negó, con razón, a aceptar; al contrario, ordenó que se le socorriera con una fuerte cantidad de la que estaba necesitadísimo. Es notoria la generosidad con que los conquistadores contribuyeron a la fundación de Salta. Entre los descendientes de los conquistadores hay sacerdotes y religiosos de ambos sexos. En la biografía de Juan Cano se registra un hecho conmovedor. Cinco conquistadores de Santiago del Estero fueron a traer de Chile sacerdotes, pues, por falta de ellos, no oían los vecinos misa ni recibían los sacramentos. Entretanto iban los Sábados y los Lunes en procesión, con una cruz a unas ermitas de la Virgen, cantando las letanías, y, después de haber orado volvían a la iglesia.

Hay, sin duda, errata de imprenta en la fecha de 1500 asignada al nacimiento del capitán Pedrero de Trejo. Y, al parecer, hay una equivocación en la biografía de Toledo Pimentel, cuyo padre, contemporáneo del gran duque de Alba, no pudo ser biznieto del duque Fadrique II. Otra errata de imprenta es llamar Fernando al famoso virrey Francisco de Toledo.

EN LA BARCA DE UNULISES, por Miguel Luis Rocafuentes. París.

Una vez más la Grecia inmortal, «madre fecunda de héroes y genios», como cantara el poeta, ha inspirado, después de tantas otras, una obra de arte y de belleza. Como el fénix legendario, el genio griego resurge de entre sus destruidos monumentos y estatuas en el seno de aquel paisaje que la naturaleza creó para santuario eterno de cuanto es alto, noble y verdadero, y en que lo humano llega a tocar las cumbres de lo divino.

Hoy día ha correspondido a Chile llevar a la cuna de toda cultura su homenaje de admiración, el culto debido a la patria del saber y a la hermosura. Creo no equivocarme si ase-

guro que éste es el primer libro chileno en que detallada y fervorosamente, con íntima comprensión del milagro griego y de lo que Grecia significa para el progreso del mundo, se nos muestran algunos de sus aspectos más característicos y se nos recuerdan y explican sus más impresionantes leyendas y símbolos.

Nadie podía hacerlo con tanta poesía, inteligencia y autoridad como el señor Rocuant, Poeta refinado y sutil, prosista muy correcto y brillante, que en sus páginas engasta las gemas de una imaginación lírica, crítico agudo y penetrante, conocedor y exquisito intérprete de la estatuaria en sus «Blancuras Sagradas», ahora resume y condensa en un libro todas esas cualidades al tratar del tema siempre actual, la Grecia clásica.

Este libro es el diario de una peregrinación piadosa a la tierra tres veces santa de la ciencia y el arte. Cual lo hubiera hecho un heleno del siglo V A. C., el señor Rocuant, de alma tan griega como la de aquél, ha ido a recorrer esas ruinas gloriosas que todos conocemos de nombre, a arrancarles el secreto de sus impercederos prestigios y atractivo, a buscar ahí la supervivencia de un pasado en que dioses y diosas vivían mezclados con los mortales para hacer más bella y noble la existencia, más altos y sublimes los ideales. Anfora un tiempo llena de perfume y que, hoy, volatilizada la esencia que encerrara, sólo conserva suave y casi imperceptible aroma; la Grecia de nuestros días brinda al viajero los bellos y poéticos restos de una grandeza y excelitud que nada ha igualado en la historia humana.

Con la devoción del cristiano que recorre los santuarios de su fe, el señor Rocuant ha ido en busca de aquellos templos y oráculos, de aquellos teatros, ágoras y tribunales, de los paisajes, fuentes y ríos consagrados por la tradición, que un día poblara el pueblo más espiritual y artista del mundo. Con potente evocación de poeta cuya memoria reboza de mitos y leyendas y creaciones de la música helénica, él hace revivir en estas páginas aquella raza nobilísima, realmente amada, de los dioses, que creó la ciencia, el arte y la filosofía, el derecho y las industrias y que la primera instaló la dignidad personal en el alma del hombre e hizo de él un ser libre y autónomo.

Y porque en la formación material y espiritual del pueblo griego tuvo parte predominante, la naturaleza física de la comarca, sus configuración geográfica, flora y fauna, el señor Rocuant consagra la mayor parte de estas páginas al estudio de esa naturaleza en función de creadora de un pueblo. Para indicar esa influencia, para medirla y discernir su acción en la sociabilidad helénica, nuestro autor agota el vocabulario de la lengua en la descripción de infinitos matices, de incontables pormenores, en las innumerables pinceladas que han de completar el cuadro, el marco en que se desenvolvió aquella sobrehumana cultura. En esta obra, y para alcanzar su finalidad descriptiva, el señor Rocuant hace derroche de vocablos y símiles tomados de la óptica, de la pintura. Ciertamente, ningún pintor ha imaginado, siquiera, más diversos colores, luces y matices, más modali-

dades del colorido, efectos de sombra y claro-oscuro, de penumbras y transparencias que los que él ha acumulado aquí. Al extremo de que hay un verdadero exceso de ellos, de que el leyente pierde la noción de lo que se está describiéndole y se pregunta perplejo si todos esos cuadros y observaciones son una realidad efectiva o solamente la artificiosa combinación verbal de un exaltado lirismo. Se dan veinte casos en que el lector, pese a su empeño, no logra concebir y representarse lo que el señor Rocuant quiere hacerle ver: Abuso de la facultad visual. Toda esta inagotable facundia, esta acumulación de palabras luminosas, centellantes, cansa y hiere la vista, y está a cien leguas de la prosa de un Chateaubriand o un Renan; (piénsese en «La plegeria sobre el Acrópolis»).

Defectos son éstos muy tolerables en obra de tan relevantes méritos y en que el autor aborda con acierto asuntos tan varios y apasionantes. Porque si él entra en estos sutiles detalles es para introducirnos más íntimamente en la sociabilidad y costumbres, en la religión y poesía helenas. A este estudio, el señor Rocuant aporta conspicuas dotes de observador, de agudo diletante en arqueología griega. Por eso, en vez de perder tiempo en estériles vagancias por los Campos de Grecia, él ha ido a las ciudades, a los monumentos cumbres y sintéticos de la civilización helena. Documentado con las noticias esenciales y necesarias para su viaje, poblada la memoria con los mil inolvidables episodios de aquella época luminosa, reducido en su mente el mundo entero de la mitología, él ha ido antes que nada a la ciudad santa de Minerva, es nombrar a Atenas. Los templos y cultos y misterios de la inmortal ciudad, sus teatros y tribunales, sus fuentes y paseos están descritos con algo más que fotográfica exactitud: los ha resucitado ante nosotros el alma vibrante de un poeta, helénico él también de inspiración y temperamento. Todos sus parajes y edificios le sugieren ideas, emociones y problemas que él expone con finura y refinamiento de estilo; los versos clásicos, las escenas de la tragedia acuden oportunas a ilustrar esas impresiones y comentarios, a confirmarlas con el eterno hechizo de aquella poesía. Y mientras otros van, piadosos, a recorrer en Galilea los campos dionizados por los pies del Cristo, atentos a los mínimos detalles del paisaje, el señor Rocuant en estos otros campos, divinos dentro de lo humano, busca las imperceptibles, las estumadas huellas de las escuelas filosóficas, la casa y jardín académicos, el huerto de Epicuro, uno de sus héroes. Escribe acerca de éste una treintena de páginas, laudatorias, interpretativas de una doctrina que fuera en su época de revolucionarios modernismo y audacia. Lo que en ella interesa al señor Rocuant es, sobre todo, la parte ética, la relación del principio hedonista con el concepto y conducta de la vida humana; no se circunscribe nuestro autor en el ámbito de la especulación helénica, sino que, ensanchando esas cuestiones, las saca de Grecia, las transporta a nuestros días para demostrar cómo aquellos problemas y las soluciones epicúreas no distan de servirnos y tienen, por lo menos, una gran plausibilidad.

Pero Atenas no es toda la cultura griega; y aun después de recorrida la ciudad de Minerva, mucho resta por conocer. Sale, pues, nuestro autor al resto de Grecia; visita Corinto, Delfos, las ciudades prehelénicas Micenas y Tirinté, el santuario de Epidauris, mansión de Esculapio, especie de Lourdes griego, y termina su excursión en las cumbres del cabo Junio, para en una mirada suprema abarcar el panorama entero de la Hélade recordando que aquí ante el mar y la tierra luminosa y espléndida se retiraba Platón a concluir la más sublime filosofía del mundo. Por doquier el señor Rocuant ausculta a la naturaleza, contempla sus mil fases, escucha sus infinitas voces, disciérne en ellas suaves y fugitivos ecos del pasado, que él robustece y magnifica con su imaginación y estro de poeta.

Sin la menor duda, es la prosa de nuestro autor la que tan mágico atractivo pone en esta restauración y sondeo del pasado. Prosa fina, delicada, plena de armonía, hecha de mil matices, cuajada de imágenes y que en más de un momento, por la exuberancia de la ornamentación frisa en la artificialidad y el rebuscamiento. No hay que decir de la corrección impecable del estilo castizo y pulcro casi hasta el amaneramiento.

Pero me apresuro a agregar que es el lenguaje adecuado a las ideas, a las evanescentes emociones que el autor pretende comunicarnos y que, por cierto, no son del común de los lectores.

En un punto me permito discutir de las opiniones del señor Rocuant, punto fundamental porque mira a la idea que debemos formar de la mentalidad griega en su concepto y apreciación de la vida. Generalmente, — y en ello conviene el autor, — se hablaba de la serenidad, del imperturbable optimismo del alma helena. Y creo que hay en esto una grave equivocación. En el fondo del espíritu griego, junto a un entusiasta amor por la vida y una vibrante admiración por la naturaleza, hubo trágico sentimiento de la existencia y sus problemas, de sus sombríos e inciertos destinos. Desde Homero al postrer escritor bizantino, se deja oír una voz de tristeza y amargura, un acento de pesadumbre y decepción. Seguramente en ninguna lengua se ha descrito con más plañidera y punzantes palabras todo el dolor del vivir. Todo lo que en ello hay de cruel y fatal, lo incontrarrestable del hado y de las pasiones humanas, el terror ante el misterio de una vaga ultratumba. Esos propios misterios de Eleusis que nos describe el autor fueron una panacea a la perpetua angustia del vivir; los oráculos mismos eran un derivativo al espanto de un porvenir ignoto, melancólico y nebuloso cuando no cruel y terrible. Y en medio de sus risueñas y graciosas fábulas y mitos ¿qué es la mitología clásica sino el campo de una acción divina que a menudo reduce al hombre a una pasiva resignación? Así lo pintan Esquilo en sus formidables tragedias, Sófocles en las suyas y aquél trágico por excelencia de entré los poetas, Eurípides. No es más placentera la filosofía de la vida que pintan Tucídides y el Teognis citado por el señor Rocuant y que en su acerbo pesimismo se anticipa en 25 si-

glos a Leopardi. Todos, incluso el musegeto de los líricos, Píndaro, todos llevan en la imaginación una profunda vena de melancolía, que en algunos filósofos llega hasta la predicación del suicidio. Aun la existencia del epicurismo, tan largamente descrito por el autor, en el fondo una reacción en contra del concepto sombrío y fatalista de la existencia. Claro es que bajo el cielo divino de Grecia la gracia y alegría tenían su hora; pero ellas no obstaban a las impresiones tristes, a los vagos terrores, a las pesadumbres y desengaños de una vida en que siempre el mal supera al bien.

Si la serenidad radiosa de que tanto se habla existió — indiscutiblemente, — en el arte, es porque la prolongación, la perpetuidad de la representación artística en la pintura o el mármol, al eternizar el gesto, la actitud, el movimiento del dolor o la tristeza, habría vulnerado el principio de belleza. Había allí un soberano instinto de estética adverso a la cristalización de la fealdad y el sufrimiento. Todo esto lo ha explicado lúcida y vigorosamente Lessing en su «Laocoonte». Unas cuantas canciones anacréonticas, unos cuantos chistes de Aristófanes, brotados en el seno de los ágapes al calor del vino que escanciaban graciosas cortesanas no bastan a destruir esa larga constante tradición de melancolía y angustioso concepto de la vida. Fueron los griegos demasiado profundos observadores y pensadores para no tomar a lo serio y entristecerse con los magnos y turbadores problemas que a sus espíritus proponía la existencia y para limitarse a considerarla por los lados risueños, amables y graciosos.

Concluyo este artículo copiando las hermosas palabras con que termina el suyo el señor Rocuant (p. 270): «La antorcha de la vida que no hemos recibido para extinguirla en melancolías o desolaciones sino para llevarla corriendo, desgreñada de alegría, contra los vientos de todos los horizontes, es sagrada. Salvémosla, como los griegos; por la victoria de sus llamas sobre la tristeza, el misterio y la muerte». [Noble voto de un poeta que es también un pensador! — Leo Par.

ELOY DIAZ JIMENEZ Y MOLLEDA. «Epistolario inédito del poeta don Manuel José Quintana». Observaciones preliminares. Madrid.

Entre la colección de libros y manuscritos referentes a Historia de América que posee el eruditísimo bibliógrafo, don Antonio Graiño, bien conocido de todos los españoles cultos, figura

un tomo de varios, que perteneció a don Antonio de Uguina, madrileño que vivió por los años del primer tercio del siglo XIX. Según artículo publicado en «El Español», el 29 de Noviembre de 1835, cuando murió, poseía Uguina la biblioteca más completa, entre las de particulares, de cuantas entonces existían en Europa. Estudió con gran constancia la vida, hechos, costumbres, genealogías, instituciones, civilización y cultura de los países de América española; llegó a redactar unos «Apuntes varios para la historia de las Américas, sacados de su colección de ma-

nuscritos inéditos», que, con generosidad no usual entre bibliófilos, prestaba a todas las personas que pudieran utilizarlos. A sus sólidos conocimientos acudían nacionales, como Fernández Navarrete, y extranjeros, como Washington Irving o Lord Kingsboroug, y a su biblioteca y su saber apeló más de una vez el excelso poeta, don Manuel José Quintana, con quien le unía entrañable amistad.

Un episodio de la vida de Quintana se aclaró hoy por primera vez, gracias a una colección de 31 cartas originales, dirigidas a Uguina desde Cabeza de Buey por el autor de las «Vidas de españoles célebres». Cuando, en 1823, vino el segundo período de absolutismo de Fernando VII, Quintana, que ya, antes había sufrido vejaciones por creérsele el principal inspirador de las ideas liberales sustentadas por el «Semanario Patriótico», hubo de marchar otra vez al destierro; confinado en Cabeza de Buey, no podía salir más allá de los contornos del pueblo, en virtud de la orden gubernativa que allí lo retenía. Cinco años duró aquel castigo, en los cuales compuso algunos de sus más notables libros, como las «Diez cartas a Lord Holland», donde expone sus ideas sobre Gobierno y administración.

A uno de los años de su destierro, el 1827, se refieren las cartas conservadas entre los papeles de Uguina y publicadas ahora por don Eloy Díaz Jiménez Molleda, que, con su acostumbrada pericia, ha puesto un completo prólogo al «Epistolario», ha estudiado la personalidad poco conocida de Uguina, dando copia del índice de sus manuscritos, que harían hoy la delicia de los bibliófilos, y ha resumido de manera acabada el episodio de la vida de Quintana, aclarado en estas cartas, escritas en estilo sencillo y familiar.

La reclusión del poeta era tal, que no se le permitía salir a las romerías de los pueblos colindantes; su correspondencia era intervenida, lo que producía en su ánimo un gran aplamamiento, por no poder tener relación más que con unos parientes suyos, labradores en Cabeza de Buey. Por otra parte, los pequeños ahorros que llevó al pueblo de su confinamiento se le agotaron pronto y más de una vez hubo de acudir a la generosa amistad de Uguina, que nunca le negó su apoyo.

Para pagar sus deudas, aunque nadie le apremiase, hubo Quintana de vender lo que en su casa de Madrid guardaba con más in-

terés: sus libros manuscritos y sus pergaminos, y unos cuadros, algunos de Murillo, todo ello en custodia de Uguina. Poco más de 8,000 reales sacó Uguina de la venta de manuscritos y cuadros, hecha a un inglés, llamado O'Rich; y si al principio esta resolución alegró al pobre poeta, por el consuelo que recibió «un bolsillo tan atropellado como el mío» — según decía —, a los ocho días expresaba el sentimiento que le embargaba por no poder esperar ver de nuevo aquellas obras de arte.

Tenía correspondencia Quintana, a juzgar por las citas de este «Epistolario», con Maury, con Martínez de la Rosa, con Mifiano, con don Martín Fernández de Navarrete, que le consultaba sobre su «Vida de Cervantes». En esta correspondencia vemos claramente cómo se procuraba documentar Quintana en las fuentes históricas para redactar algunas de sus célebres «Vidas»; así para escribir las de Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, Fray Bartolomé de las Casas, Hernán Cortés y don Alvaro de Luna, pedía libros y papeles a Uguina, y a veces le rogaba que buscara tal o cual dato concreto, v. gr., el día en que fué degollado Vasco Núñez. Es oportuno recordar el juicio que tenía del padre Las Casas, en cuya psicología trató de ahondar: «El diverso objeto que yo me propongo y el diferente punto de vista bajo el cual yo le considero, hace que Casas pueda aparecer en el trabajo que estoy haciendo con los colores que le son debidos; y si sus proyectos a veces son visionarios, y su modo de disputar frecuentemente acre y enconado; no por eso su carácter y sus miras dejan de ser infinitamente respetables. El entusiasmo y el fanatismo, de cualquiera clase que sea, desdoran con sus declamaciones la gravedad de la historia; pero es preciso, también, guardarse mucho de sacrificar y subordinar la verdad a circunstancias locales y momentáneas, y a lo que se llaman miras políticas y máximas de Estado. Estas máximas varían: la verdad, la equidad y la razón no varían jamás». (Carta de 25 de Junio de 1827).

El 28 de Octubre de 1828 acabó el confinamiento del poeta. Díaz-Jiménez termina su nota preliminar con un rápido bosquejo de la biografía de Quintana, hasta su coronación y su muerte en 1857; hubo que vender todos sus libros para pagar todas las deudas que tenía, entre ellas, las 250 pesetas que costó el traje con el que asistió a la coronación.

REVISTAS

Revista de Archivos y Biblioteca Nacionales. Tomo XII. N.º 6. Diciembre de 1933. Tegucigalpa. Con cuatro importantes secciones: Época colonial, época contemporánea, arqueología hondureña y sección científico-literaria.

Revista da Faculdade de Direito de Sao Paulo. Año 1933. Vol. XXIX. Hemos recibido, en un grueso volumen de cerca de 500 páginas, esta interesante publicación, que contiene numerosos y variados trabajos de carácter jurídico.

Bulletin de L'Académie des Sciences Mathématiques et Naturelles. N.º 1. Belgrade. 1933. SOMMAIRE: A. Bilimovitch: Sur la possibilité du mouvement séculaire du pôle terrestre; M. Milankovitch: Sakulare Verlagerungen der Rotationspole der Erde; Mil. Z. Jovicic: Das Problem der Defizite und das periodische System der Elemente; Mil. Z. Jovicic: Defizitproblem und periodisches System; Michel Petrovitch: Quelques propositions sur la majoration des fonctions entières; etc. etc.

Boletín Mensual de Informaciones Técnicas. Diciembre de 1933. Año XXIV. N.º 12. Roma. Órgano del Instituto Internacional de Agricultura. SUMARIO: La monacultura en el Río de la Plata, por el Dr. Alberto Boerger; La experimentación agrícola en Egipto, por J. Legros; Informaciones; Agronomía general; Cultivos de los países templados; Cultivos de los países tropicales y subtropicales; Ingeniería rural; Zootecnia; Industrias agrícolas; Enseñanza agrícola; Experimentación agrícola; Silvicultura.

El Monitor de la Educación Común. Año LII. N.º 728. Agosto de 1933. Buenos Aires. SUMARIO: La vida animal a fines del terciario superior de Buenos Aires, por Carlos Rusconi; Diccionario Etimológico del castellano usual, por Leopoldo Lugones; La enseñanza de la ortografía en la Escuela primaria, por Atilio A. Veronelli; José Mármol, por María Josefina Moirano; Crónica científica.

Anales de la Universidad de Madrid. Tomo II. Fasc. 2. 1933. Madrid. Sección Letras. SUMARIO: Urbano G. de la Calle: Contribución al estudio de la primera versión castellana de la Eneida; Narciso Alonso Cortés: Salvador. Rueda y la poesía de su tiempo; José A. Sánchez-Pérez: Una bibliografía alfonsina: Joaquín de Entrambasaguas y Peña: Censura coetánea de una poesía de Lope de Vega; Manuel Ballesteros Gaibris: El problema del americanismo en España; Bibliografía.

Hygia. Serie I. N.º 5. 1933. Lisboa. Revista médico-farmacéutica. SUMARIO: A Figueira de Foz na profilaxia da tuberculose e na cura da tuberculose cirúrgica, por el prof. Bissaya Barreto; Nocoos recentes sobre a química das vitaminas, por el Dr. Joao Avelar de Loureiro; Necessidade de exame otorino-laringológico de creanca, por el Dr. Antonio Meyrelles do Souto.

La Clínica. Año X. N.º 12. Diciembre de 1933. Barcelona. Revista mensual hispano-americana de ciencias médicas. Director: E. Mías Codina. SUMARIO: La cuestión de las formas no ácido-resistentes del germen de la tuberculosis, por el Dr. J. Weissfeiler; Análisis: Contribución al estudio médico-legal de la muerte por inhibición, por el Dr. M. Martínez Sellés; Shock producido por pequeñas dosis en el curso de la auroterapia, por Tomás F. Cozolino; El estado presente de la vacunación por el BOG, por S. A. Petroff.

Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería. Año XLIX. Vol. XLV. N.º 404. Santiago.

Se trata de una antigua y acreditada publicación de carácter técnico, órgano oficial de nuestra Sociedad Nacional de Minería.

Revista Hispano-americana de Ciencias, Letras y Artes. Año XII. N.º 126. 127. Octubre-Noviembre de 1933. Madrid. Director: Juan B. Acevedo.

Fraternidad. (La). 2.ª época. N.º 3. Madrid. (Boletín del Instituto Hispano - Americano de Relaciones Culturales).

SUMARIO: La Conferencia Monetario-Económica de Londres y la iniciativa de Mr. Roosevelt, por don Augusto Barcia Trelles; Papel de los pueblos iberoamericanos

en las comunicaciones aéreas transatlánticas, por don Julio Ruiz de Alda; La ciencia en el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, por don Carlos Pereyra; El problema causal del cáncer, por el Dr. José Goyanes; Mensaje de la Vice-Presidente del Instituto Hispanoamericano de Relaciones Culturales del Perú, doña Elisa Rodríguez Parra de García Rosell; El pensamiento español acerca de la comunidad jurídica internacional, por don Manuel Raventós; La Cartografía americana, por don Abelardo Merino; Emisión que, por el micrófono de «Transradio española», dirige, al Instituto Hispanoamericano de Relaciones Culturales de Santiago de Chile, el Presidente del de Madrid, general Francisco de Francisco; La exploración de la atmósfera, por don Emilio Herrera; El centenario de Alonso de Ercilla.

Boletín de la Sociedad de Cirugía de Montevideo. Tomo IV. N.º 9. 1933. Montevideo.

SUMARIO: Dos casos de enfermedad de Nicolás-Favre, por los doctores J. A. Piquinela y J. E. Moreau (Informe del doctor

A. Lamas); Osteoartritis tuberculosas de la rodilla. Su tratamiento por el procedimiento del plombaje, por el Dr. A. J. Costa (de Buenos Aires).

Boletín del Instituto de las Españas. Año III. N.º 9. Octubre de 1933. Nueva York.

SUMARIO: Significado de Espafia en América, por don Gonzalo Zaldumbide; La Literatura de Hoy. Arturo Torres Ríoseco,

Pío Baroja: Los visionarios. Benjamín Jarnés: Lo rojo y lo azul. Manuel Rojas: Lanchas en la bahía. Manuel Gálvez: Escenas de la época de Rosas. El general Quiroga. Carlos B. Quiroga: 4 a 2; José Ortega y Gasset: Goethe desde dentro, etc., etc.

Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo LXXIV. N.º 79. Mayo-Agosto de 1933. Santiago.

La notable publicación de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Archivo Nacional, fundada por don Enrique Matta Vial, trae un sumario del más alto interés: La Constitución de 1833, por don Antonio Huneeus Gana; Origen y caída de la Constitución de 1833, por J. Guillermo Guerra; Los dos primeros años de la Constitución de 1833, por don Luis Galdames; El centralismo en la Constitución de 1833, por don Alcibíades Roldán; Carta a don Manuel Antonio Tocornal, por don Joaquín Tocornal; La creación de la provincia de Talca, por don Ricardo Donoso; Notas históricas y geográficas. Aurelio Díaz Meza, por R. S. C. La estatua de Carrera, por D. A. S. Ricardo Palma. Su bibliografía, por E. D. T. y R. Reminiscencia de don Alonso de Ercilla, por Agustín Edwards; El juriconsulto Ercilla y dos causas famosas, por Luis Amesti C.; Las mujeres de «La Araucana» de Ercilla, por J. T. Medina; Actas del Cabildo de Santiago. 1707; Vida y costumbres de los Araucanos en la segunda mitad del siglo XIX, por P. E. de Moesbach. Bibliografía.

Meditaciones. Año I. Números 5 y 6. Septiembre y Octubre de 1933. Santiago. Órgano de la Sociedad Nacional de Profesores.

SUMARIO: Pequeña Antología de Gibrán Jalil Gibran, por N. Pinilla. El profesor, por José Ortega y Gasset; Plenilunio, por Victoria Barrios; Kierkegaard y Unamuno, por Joan Estelrich (Traducción de Luis d'Ossó); Principios de una moral fundada sobre la armonía de la vida, por Eugenio Rignano; Soneto, por Jules de Rességuier (Traducción de Omar Oliva); Dos pineladas, por Sara Ferrín; El manantial del enemigo clemente, por B. Nemirovich Danchenko (Traducción del ruso por Isaac Edelstein); Ausencia, por Mortimer Gray; Panorama del cuento chileno (conclusión), por Clara Solovera; Lieder, por Horacio Rojas; Ciencia y Política, por Julián Bendá; Crítica de Libros.